

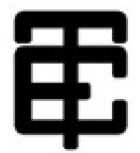
EL ROBOTISTA

CLARK CARRADOS

Colección ESPACIO

EL ROBOTISTA

CLARK CARRADOS

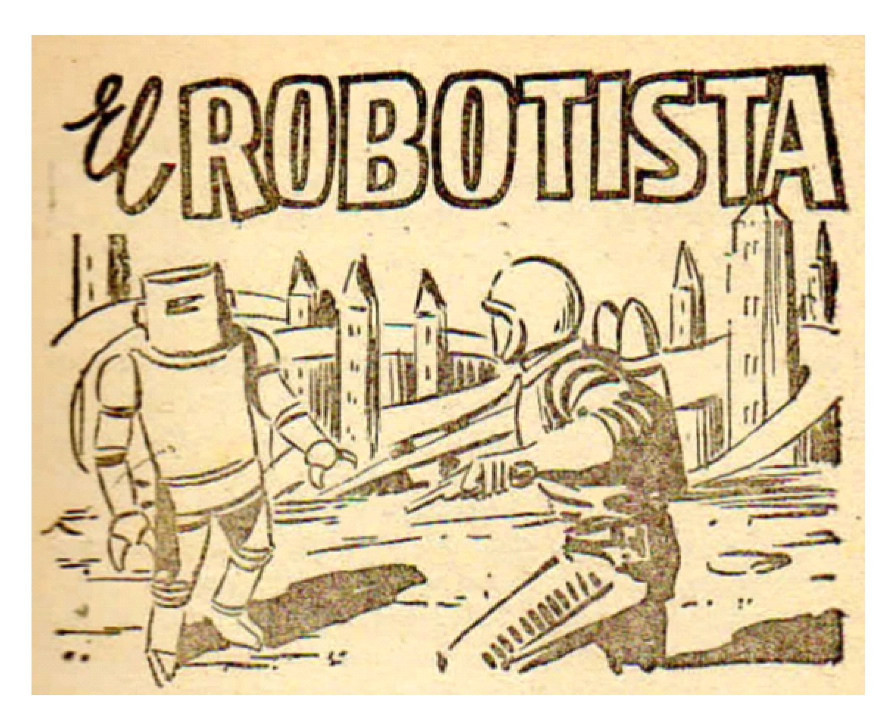


Núm. de Registro: 1956 - 1964

Depósito legal: 10.901 – 1964

IMPRESO EN ESPAÑA
Printed in Spain

Impreso por Ediciones TORAY, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

E

ra «aquello» un robot?

Difícilmente hubiera podido creerse, por lo menos, bajo el punto de vista de un científico. Ahora bien, si uno lo miraba con ojos despojados de toda ciencia y se atenía a viejas fotografías de los primeros intentos de construir hombres mecánicos o a las ilustraciones de las historietas de ciencia ficción, entonces, sí, podía pasar por un robot.

Hombre, también es que uno quiere hilar demasiado delgado. La verdad es que el ser humano, en su vida cotidiana, está rodeado de robots por todas partes; cualquier máquina que le sirve, en sentido nato, es un robot, desde un visófono con grabador automático de mensajes hasta el aparato de radio con despertador incorporado.

Pero no es a eso a lo que yo quería referirme, a las máquinas corrientes y vulgares, con miles de usos distintos, todos ellos en beneficio del hombre, como es lógico, sino a lo que la gente ha

dado en llamar y entender por robot.

Un hombre mecánico, «homo mechanicus».

Sí, una máquina que, mediante los circuitos correspondientes, piense, razone y actúe como un hombre… y tenga la figura de un hombre, no de un monstruo metálico, como el que yo había construido.

La gente entiende que un robot es una máquina disfrazada de hombre. Eso es, justamente, lo que yo quería construir.

Pero me había salido un engendro de tal clase, que daban ganas de llorar cada vez que lo contemplaba. Medía dos metros sesenta de altura, tenía unos brazos de treinta centímetros de diámetro, piernas de cuarenta, pies de sesenta centímetros de longitud… bueno, para qué seguir describiendo aquel armatoste.

Todos hemos visto en ferias, concursos y exhibiciones esos artefactos con figura remotamente humana que incluso poseen el don del movimiento, arrastrando unos enormes zapatones de metal, que más parecen apisonadoras mecánicas. Pues bien, así era mi robot.

En vano había perdido innumerables horas de sueño, tratando de reducir su volumen y encajar los mecanismos dentro de una figura más armoniosa. Todo había sido inútil. Hubiera tenido que suprimir una cantidad tal de bobinas, que, entonces, la calculadora analítica de que estaba dotado no habría podido sumar ni dos y dos..

Además, no razonaba.

Podía contestar cualquier clase de preguntas que se le formulasen, con tal de que hubieran sido grabadas previamente. Pero no era lo mismo que razonar.

Entendámonos. Yo no quería construir un ser humano, sino una máquina un poco mejor que las que se habían construido hasta entonces.

Quería que mi robot, por medio de sus circuitos, tuviese la suficiente «discreción», si así puede llamarse, de actuar en casos imprevistos, que no hubieran sido impresos con anterioridad en sus bobinas.

Imaginémonos que le hubiera instruido para cocinar, guisar, servir la mesa, con todos los detalles, incluido el grado de frescor de cada vino y que, en un momento dado, se presentan dos invitados

más. ¿Reaccionaría mi robot como lo haría una persona? Si se reventase de repente una conducción de agua, estando yo ausente de la casa, ¿reaccionaría el robot y repararía la avería?

Esto era precisamente lo que yo quería conseguir, pero no acababa de hallar un circuito analítico de conexión entre todos los demás. Es decir, que el robot, al hallarse en una situación imprevista, no grabada en sus bobinas, la analizase en fracciones de segundo, solicitase información a sus circuitos, la recibiese, la analizase y, antes de concluirse el primer segundo de tiempo, hubiese adoptado ya la solución al nuevo problema planteado.

Se dirá que esto es lo que hace una persona. Es posible, lo admito.

Pero yo no aspiraba a tanto. Sólo quería un robot con un mínimo de «inteligencia» propia, capaz de actuar por sí mismo en las situaciones más corrientes de la vida humana.

Y el armatoste que tenía frente a mí era un burdo remedo de lo que yo quería.

Agarré una llave inglesa, lleno de rabia contra mí mismo, pero pude contenerme antes de machacar el cráneo metálico de mi criatura. «Bueno, Allen Deys, me dije; la cólera no ha servido nunca para nada, excepto para cometer imprudencias. Así que no te enfades, tómate una taza de café y vuelve de nuevo a tu mesa de dibujo».

Con la taza en la mano, me acerqué al tablero de dibujo y contemplé fijamente los diseños que había trazado. ¡Si pudiese dar con la forma de construir un verdadero circuito de conexión analítica!

* * *

Tan abstraído estaba, que no oí la primera vez el llamador de la puerta. Éste hubo de sonar varias veces antes de que, al fin, me decidiera a levantar la cabeza del trabajo.

Miré a mi alrededor, muy asombrado. El timbre seguía sonando con rabia. Por la forma en que vibraba, reconocí a la persona que llamaba. Sólo podía ser una.

Cuando abrí la puerta, un torbellino con faldas irrumpió en mi casa como un huracán.

—¡Allen! —gritó ella—. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Dónde tienes esa cabeza? Seguro que te olvidaste de que hoy era la fiesta

de cumpleaños de mi padre y el día en que se va a anunciar nuestro compromiso oficial, ¿no es cierto? —El rosado dedo índice de mi prometida me amenazó con vivos movimientos—: Escucha, Allen Deys; si piensas que cuando nos hayamos casado, voy a permitirle que te pases el día en tu estudio, como un búho sabio, olvidándote de mí, y voy a pasarme las horas muertas sentada en un sillón, mientras tú te devanas los sesos para construir algo que es una locura, estás pero que muy equivocado, ¿me has oído?

Mi prometida, Diana Van Schuys, era menuda, pelirroja, de talle esbelto, senos pequeños y erguidos, que en aquellos momentos temblaban a impulsos de la agitación que poseía, y cintura de sílfide. Aún no sé cómo había podido enamorarme de ella, cuando nuestras respectivas estaturas eran tan dispares, ya que Diana me llegaba apenas al hombro y eso con tacones de diez centímetros. La ley de los contrastes, supongo... ley que se confirma cuando se sabe que yo, sin ser pobre de solemnidad, no podía compararme, en potencia económica, con ella, y mucho menos con su padre, el todopoderoso Thaddeus Van Schuys, de las empresas Van Schuys que abarcaban todo cuando el comercio y la industria humanos pueden abarcar. En suma, montañas de dinero, contra un simple título de ingeniero. Y lo bueno del caso es que el opulento señor Van Schuys me apreciaba muchísimo y estaba deseando verme convertido en su yerno.

Traté de defenderme de la acometida de Diana, pero ella me empujó a un lado y avanzó, impetuosa, hacia mi cuarto de trabajo. Al llegar allí, abrió la puerta, pero la cerró en el acto, al par que hacía un mohín de disgusto.

—¡Puf, qué asco! ¡Hay un tufo a tabaco que no se puede soportar! ¡Claro, te pasas el día fumando! ¡Allen Deys, cuando nos hayamos casado, ya puedes ir despidiéndote del tabaco, porque si piensas que voy a tolerártelo, estás muy...

—Equivocado, ya lo sé —dije con resignación.

¡Era tan bonita! Por ella podía hacer uno cualquier sacrificio.

Volvió a levantar el índice.

—Y aún hay otra cosa que quiero decirte. Papá, y yo, por supuesto, no quiere que sigas rompiéndote la cabeza con esta estúpida manía que te ha entrado de construir un robot humano. La dirección técnica de su fábrica de visófonos está vacante y me ha

prometido que te la concederá, apenas nos hayamos casado. ¿Qué te parece? Es un cargo magnífico, de pingües rendimientos… y además, la fábrica anda mal estos últimos tiempos. Se necesita al frente de ella un sujeto inteligente y capaz como lo eres tú.

—Está bien, Diana.

Miré hacia la cerrada puerta de mi cuarto de trabajo con gesto melancólico. Presentía que un día triunfaría, pero ¿valía la pena correr los riesgos de seguir adelante en mis investigaciones? ¿No era preferible dejarse llevar por la corriente y buscar la comodidad y la tranquilidad de una vida ordenada sin altibajos ni sobresaltos?

—Está bien —repetí—. Siento haberme olvidado de la fiesta de tu padre. ¿Quieres aguardar diez minutos y me cambiaré de ropa?

—En cinco minutos —dijo ella, en tono imperativo.

Subí al primer piso, donde tenía mi dormitorio. Me alegré de que no viera el desorden de la pieza. La mujer que venía a cuidar de la casa se había puesto enferma aquel día y el cuarto se hallaba en el más completo desorden. «Si ahora tuviese un robot sirviente, la casa estaría tan limpia como una patena. Además, podría despedir a la mujer de la limpieza y…»

Menos mal que, en medio de todo, tenía un buen repuesto de ropa, así que pude cambiarme con rapidez. Me lavé las manos, me pasé una toalla mojada por la cara y un cepillo por mi pelo, corto y fuerte, y listo ya, descendí al vestíbulo, donde Diana me esperaba con los nervios de punta.

Entonces, cuando ya nos disponíamos a salir, llamaron a la puerta.

Diana me miró de forma significativa.

—Si es una visita, dile que vuelva mañana. O el siglo que viene, ¿estamos?

—OK, nena —contesté.

Abrí la puerta y entonces apareció ante mis ojos el sujeto más estrafalario que había visto en los días de mi vida.

Era un hombre pequeño, esmirriado, con grandes ojos de mirada melancólica, y vestido con unas ropas que no sólo eran baratas, sin ofender hasta la pobreza, sino que, además, eran dos números más grandes. Le flotaban por todas partes, de tal manera, que daba la sensación de hallarse perdido dentro de aquella indumentaria la que, por si fuera poco, mostraba unos colores tan chillones como las

plumas de un papagayo.

Pero no fue esto lo que más me extrañó; a fin de cuentas, gente vestida de modo estrafalario se ve a cada momento por ahí, sino la forma de su cabeza, demasiado grande para su ridículo cuerpecillo. Mostraba una completa y total calvicie y su cráneo tenía una forma periforme risible de tan absurda. Me extrañó no ver el rabo de aquella enorme pera pulida y brillante en lo alto de su coronilla. En las manos, de largos y delgados dedos, muy semejantes a volubles tentáculos, tenía un sombrero que hacía girar sin descanso.

Sin embargo, aprecié un no sé qué extraño, raro, indefinible, que me hizo confiar en él de inmediato, pese a su extravagante apariencia. ¿La bondad de su mirada? ¿La pequeñez de su cuerpo? Imposible definirlo, pero así como en cualesquiera otras circunstancias me hubiera sentido inclinado a la hilaridad, cuando no a la lástima o al desprecio, en ésta noté en el acto una corriente de simpatía hacia el menudo individuo que tenía ante mí.

Mi observación duró apenas unos segundos, muchísimo menos de lo que he tardado en escribir las frases precedentes. El sujeto, en silencio, soportó en forma estoica mi escrutinio y sólo cuando se dio cuenta de que quería hablarle, se anticipó a mí.

—¿Señor Deys? —preguntó, con voz débil, casi de chiquillo.

—Sí, el mismo. Pero ahora estoy muy ocupado… Me disponía a salir con mi prometida.

Una expresión de lástima se dibujó en las facciones del homúnculo.

—¡Oh, cuánto lo siento! Leí su anuncio en el *Tribune*.

Diana me tironeó de la manga del traje. Hice un gesto.

—Un momento, señor…

—Merril, señor Deys —contestó el visitante—. En efecto, soy robotista.

—Bien, yo pedí un experto en robots… Ciertamente, la palabra que usted ha empleado define con exactitud su profesión.

—Tengo documentos que atestiguan lo que digo, señor Deys —dijo Merril.

Diana estaba impaciente; volvió a tirarme con fuerza de la manga.

—Un momento, por favor —rezongué enojado. Acababa de ocurrírseme una idea.

A veces, uno siente un impulso, repentino, cuyas causas no alcanza a comprender. Intuición, premonición, instinto, presentimiento... se puede llamar de muchas formas.

Claro que, cuando resulta mal, se produce la catástrofe. Pero generalmente, esos impulsos resultan acertados y dan unos resultados verdaderamente esplendorosos.

Agarré a Merril por un brazo y lo llevé hasta mi cuarto de trabajo.

—Señor Merril —dije—, yo tengo que salir ahora a una fiesta. Éste es mi cuarto de trabajo; ahí tiene el tablero de dibujo y allí el robot que he construido. Aquella puerta de la derecha da a la cocina; el frigorífico está repleto. En el primer piso encontrará usted las habitaciones de los huéspedes. Si tiene ganas, trabaje esta noche; si no, empezaremos mañana después del desayuno. Adiós.

Estaba llegando ya a casa de mi prometida y todavía no había sabido encontrar una respuesta para esta pregunta: ¿Por qué había contratado a Merril?

CAPÍTULO II

La fiesta estuvo bien para todo el mundo, menos para mí.

Ciertamente, se anunció el compromiso y recibí innumerables felicitaciones y parabienes. Conocidos y desconocidos probaron la resistencia de mis espaldas con sus palmadas y los jóvenes me envidiaron, mientras decían que la suerte era de los tontos, no de quien la buscaba; que qué había visto Diana en mí, que más valía ser buen mozo que inteligente y, en fin, una serie de sandeces más, todas ellas a mis espaldas, por supuesto. En cuanto a ellas, dijeron, también a espaldas mías y de Diana, que con dinero podía conseguirse todo, incluso un marido guapo. Lo de costumbre cuando un hombre pobre se casa con una mujer rica, con las variaciones apropiadas a nuestras circunstancias personales.

Pese a que la fiesta era muy brillante y amena, yo no me divertía en absoluto. Mi cabeza no estaba para fiestas de semejante índole y, aunque, en el aspecto económico, el matrimonio con Diana era

sumamente ventajoso para mí, no estaba seguro que resultase tan satisfactorio en otros aspectos. Aunque con cadenas de oro, ¿no estaba encadenándome de un modo irreparable y para siempre a una mujer que no me comprendería ni sabría ser la esposa que todo hombre tiene derecho a esperar?

En cambio, Diana parecía encontrarse como el pez en el agua. Reía y bromeaba con todos, feliz y satisfecha de ser el centro de la admiración y la envidia de la concurrencia, en especial, los jóvenes de ambos sexos. De todo el tiempo que pasé en su casa, apenas si pudo dedicarme media hora.

Pese a que se había anunciado su compromiso, los hombres la asediaban sin descanso. Había uno, sobre todo, que se la comía con los ojos y que apenas si se separaba de ella un solo momento. El tipo empezó a molestarme, francamente.

Era mayor que yo, unos siete u ocho años, lo cual significa que andaba en las proximidades de la cuarentena; alto y esbelto como un bailarín, de cabellos negros, un poco ondeados y discretamente blanqueados en las sienes, apuesto y correcto. Ofrecía la viva estampa del hombre de mundo, atractivo y encantador para las damas.

Lo cual no le impedía ser un tiburón para los negocios. De nacionalidad belga, se llamaba Hugo Brabant y poseía el paquete mayor de acciones de la M&IM (Mecánica e Ingeniería Mundiales), una poderosa empresa fundada por él y que, salida prácticamente de la nada, hacía ya una fuerte competencia a las del ramo que pertenecían a mi futuro suegro.

De pronto, cuando la fiesta estaba más animada, Diana se acercó a mí y se colgó de mi brazo.

—Viejo búho, ¿es que no vas a sacarme a bailar ni siquiera una vez?

Apenas había pronunciado estas palabras, Hugo Brabant apareció a nuestro lado, como surgido del suelo por ensalmo.

—¿Me permite esta pieza, señorita Diana?

Diana vaciló. Entonces, yo dije:

—Es mi prometida, señor Brabant.

El hombre sonrió.

—Nadie lo pone en duda, señor Deys, y les felicito a ambos, ahora que la ocasión me ha deparado el hallarles juntos. Sin

embargo, como se trata de una fiesta de sociedad, no creo que en estos momentos posea usted la exclusividad de los bailes con la señorita Diana.

Empecé a sulfurarme.

—Mire, amigo…

Diana intervino de pronto.

—Espera un momento, Allen —dijo—. Bailaré con el señor Brabant y luego te dedicaré el resto de la noche, ¿te parece bien?

La agarré por un brazo. Estaba cansado ya de verla mariposear a cada instante de un lado para otro.

—Ya no bailarás con nadie más esta noche —dije, irritado—. Sólo conmigo… y si no tengo ganas de bailar, te sentarás conmigo a charlar.

—¡Pero, Allen! —exclamó Diana, atónita por mi actitud.

Hasta entonces, siempre me había mostrado sumiso y obediente; el que me rebelase contra uno de sus deseos era algo en verdad inusitado para ella.

—No hay peros que valgan, Diana; lo dicho, dicho está.

—Perdone —intervino Brabant con toda cortesía—. La señorita me prometió este baile.

—¡Narices le prometió! —estallé, furioso—. Diana no bailará con nadie más esta noche y sanseacabó. Así que, monigote engominado, lárguese de aquí si no quiere que le eche por la fuerza.

Los ojos de Brabant, negros, brillantes como bolas de metal, me contemplaron con malignidad.

—Sólo la urbanidad me impide dar a esas groseras palabras su merecido —dijo—. En presencia de la señorita Diana, no podría castigar el insulto que ha proferido contra mí, como sería mi deseo.

—¿Ah, sí? —exclamé.

Las palabras del relamido sujeto acabaron por hacer saltar mis nervios.

Eran ya demasiadas cosas las que se conjugaban en contra mía: el atasco, por no decir fracaso, de mis trabajos; el voluble comportamiento de Diana, la irritante superioridad de Brabant, acaso también una sobreexcitación de mis nervios, debido a un exceso de trabajo, todo ello se unió, mezcló y agitó en mi interior, hirviendo en un santiamén hasta rebasar el límite de presión. La tapadera de la olla saltó y…

Perdidos los estribos, disparé mi puño contra el rostro de Brabant.

Con gran sorpresa mía, el golpe erró su blanco. Con la gracia y la agilidad propias de un bailarín profesional, Brabant esquivó mi puñetazo sin dificultad alguna.

Ello me situó durante un par de segundos en situación de franca inferioridad respecto a mi contrincante. Y Brabant no desaprovechó la ocasión.

Primero colocó un soberbio derechazo en mi ojo izquierdo, que me lo cerró en el acto. Luego, antes de que pudiera reponerme, me juntó el estómago con la espalda.

Todavía estaba echando el aire por la boca, cuando el puño de Brabant alcanzó mi mentón. Oí un tremendo cañonazo y todo desapareció en torno de mi vista en un instante.

Desperté a los pocos momentos, sin embargo, rodeado por unos cuantos curiosos de ambos sexos. Alguien me ayudó a ponerme en pie y entonces vi al padre de Diana frente a mí.

—Nunca supuse que fueras capaz de portarte de una forma tan grosera con uno de mis invitados, Allen —gruñó el poderoso financiero.

No sé cómo pude contenerme y no le salté al cuello.

—Encima de que fue ella quien tuvo la culpa con su estúpida conducta, encima de que he sido el provocado —grité, al borde de la exasperación—, tiene usted que reprocharme todavía mi manera de comportarme.

La tapadera de la olla volvió a saltar.

—¡Pues bien! ¿Sabe lo que le digo, repugnante Midas? —vociferé—. ¡Que puede quedarse con su hija, con ese relamido Brabant y con todos sus asquerosos millones, así se le conviertan un día en basura! ¡Váyase al diablo!

Extendí los brazos como si fuera a nadar, aparté a la gente con suma violencia y me dirigí hacia la salida, dejando boquiabiertos a todos los espectadores de la escena.

Diana corrió tras de mí.

—¡Allen! —gritó.

Me volví para mirarla un segundo.

—Creo que he visto a tiempo —dije, procurando portarme con un mínimo de educación—. No soy un tirano, pero tampoco soy el

tipo que tú necesitas: un sujeto que te esté adorando a cada instante y al cual puedas ponerle la bota en el cuello cada vez que se te antoje. ¡Pues bien, ahí está ese que buscas —señalé a Brabant—, que sea tuyo para siempre!

El portazo que di al salir descolgó de su sitio el retrato del bisabuelo de Diana.

* * *

Desperté con un espantoso dolor de cabeza y las fauces resecas. Durante unos momentos, todo dio vueltas en torno a mí.

Lancé un gemido de dolor. Me revolví en el lecho, tapándome la cabeza con la almohada. Estuve así unos minutos, hasta que me recobré un tanto.

Con grandes precauciones, alargué la mano hasta la mesilla de noche y, al tacto, presioné un botón. Entonces, una voz de tonos agradables dijo suavemente:

—Son las quince horas y treinta y ocho minutos.

Pegué un salto. ¿Era posible? ¡Casi las cuatro de la tarde!

Pero ¿qué había estado haciendo desde que abandoné la casa de Diana?

De pronto lo recordé todo: la pelea, la ruptura... y la subsiguiente borrachera, cuyos efectos me habían durado diez largas horas.

Vacilando y casi cayéndome, caminé hasta el cuarto de baño. Un par de aspirinas y diez minutos de inmersión bajo el agua fría reanimaron bastante mi quebrantado cuerpo, ya que no mi espíritu, por completo derrotado después de lo ocurrido la víspera y que ocasionó la ruptura con Diana.

Me sequé y luego cubrí mi cuerpo con un liviano monopieza de tejido esponjoso y elástico, fresco en verano y caluroso en invierno. Abandoné el dormitorio y descendí a la planta, pensando con delicia en el medio litro de café que me iba a tomar enseguida.

De pronto oí un ruido metálico, algo así como el golpe de un martillo contra un pedazo de hierro.

Detuve mis pasos. ¿Quién diablos estaba en mi cuarto de trabajo?

Me asesté un golpe en la frente.

—¡Cielos! —exclamé—. Me había olvidado de Merril.

Corrí hacia la puerta. El ruido de metal golpeado se repitió.

Me pregunté qué habría hecho el robotista durante mi ausencia. A la vuelta, mi embriaguez me había impedido pasar por el cuarto de trabajo. En realidad, en aquellos momentos no estaba en condiciones para acordarme de nada; ni aun siquiera hubiese podido asegurar que existía.

Teniendo en cuenta que me había ido a las ocho de la noche, no era difícil suponer que Merril llevaba ya unas cuantas horas trabajando. Abrí la puerta de golpe y, en el mismo instante, lancé un gemido de espanto.

¡Mi robot había sido destruido!

CAPÍTULO III

P

ero uno de los bancos de trabajo aparecía cubierto con gran parte de las piezas y mecanismos internos de mi robot. Había rollos, bobinas y conexiones por todas partes, esparcidos de un modo anárquico y, en fin, la cubierta yacía en un rincón, despiezada como una armadura medieval arrojada al montón de la chatarra. Por último, los planos que tenía sobre el tablero de dibujo habían sido sustituidos por otros, cuyo diseño me resultó incomprensible por completo.

Procuré dominar la cólera que me había acometido. A fin de cuentas, ¿no le había dado yo mismo a Merril permiso para actuar a su conveniencia? Antes de dispararme, pensé que me convenía conocer bien el estado actual de las cosas. Conté hasta diez y luego avancé hacia el centro del estudio.

—¿Señor Merril? —dije en tono inquisitivo.

El hombrecillo me miró con gesto temeroso.

—Quizá no he obrado bien —musitó en tono bajo—. Debí haberle esperado, pero la impaciencia me consumía y...

Traté de mostrarme ecuánime.

—¿Le molestaría explicarme por qué ha desmontado mi robot?

De pronto, reparé en un detalle que se me había pasado por alto, dada la excitación del momento. El robot había sido desmontado, es cierto, pero era una labor que requería días. Además, los planos

nuevos que estaban sobre el tablero no procedían de mi mano. Y Merril había venido sin equipaje, lo cual sólo podía significar una cosa: él mismo los había trazado.

Le miré con aire suspicaz. Eran las cuatro y media de la tarde, lo cual significaba que habían transcurrido más de veinte horas desde su llegada. Un rápido vistazo a los planos me indicó que se necesitaba más del doble para trazarlos, contando con que los cálculos necesarios estuviesen ya realizados y comprobados lo suficiente, a fin de eliminar toda posibilidad de error. Si unimos a ello el desmontaje completo de mi robot, tendremos que la cantidad de tiempo que debía haber sido empleado en los trabajos era realmente fabulosa.

Y Merril lo había realizado todo en menos de un día, solo, sin ayuda de nadie.

Aunque no hubiese descansado un solo momento desde su llegada, la cosa resultaba increíble. Me recordó los cuentos de mi infancia, en que un ejército de duendecillos ayudaba al héroe a construir una casa para la princesa en sólo una noche y otras historias por el estilo. ¿Disponía Merril de su ejército privado de gnomos?

El hombrecillo se frotó las manos con ademanes nerviosos.

—Me disgustaría haberle enojado, señor Deys —manifestó con timidez—. Pero... pero vi que... excúseme si le ofendo; usted, aun dentro de sus buenas intenciones, seguía un camino equivocado y yo... yo me permití iniciar una rectificación que...

Lancé una mirada en torno a mí.

—¿Todo esto —recalqué la palabra— lo ha hecho usted, señor Merril?

—Sí, señor.

—¿Sin ayuda de nadie?

—Así ha sido, señor Deys.

—Pero eso significa que se ha pasado toda la noche en vela, que no ha descansado desde que entró en esta casa.

—Sí, señor... Oh, no importa; no estoy cansado todavía. Puedo aguantar aún muchas horas y... Bueno, de cuando en cuando, iba a la cocina y me tomaba un poco de café. Tengo café caliente. ¿Quiere que le traiga una taza? —preguntó con mucha amabilidad y ansiosa solicitud.

Me pasé la mano por la frente.

—Medio litro, si me hace el favor —dije con voz débil, dejándome caer en una silla.

Merril volvió momentos después. Necesité tres tazas antes de encontrarme en situación de actuar.

—Así que usted es robotista —dije, poniéndome un cigarrillo entre los labios.

—Sí, señor Deys.

—Bien, entonces, tal vez podrá explicarme sus intenciones al desmontar mi robot —dije.

—Sí, señor. Estuve examinándolo durante un buen rato. Los esquemas de los circuitos están bien diseñados, pero, entre otras cosas, adolecen de cierta pesadez. Oh, no me refiero tan sólo a su peso con relación a la gravedad, sino más bien a su influencia en las acciones de la máquina. Por otra parte, el conjunto de circuitos carecía de un circuito central de conexión analítica, una especie de discriminador de acciones externas, frente a las cuales el robot ejecutaría sus reacciones, de acuerdo, naturalmente, con las circunstancias. Esto hace que su acción sea muy limitada, ya que sólo puede actuar de una manera preconcebida, por medio de reacciones ya grabadas en sus bobinas, con arreglo a situaciones ya conocidas de antemano.

»La pesadez de sus circuitos, el exagerado volumen de la pila motriz y la falta del circuito conexor analítico, conferían a su robot esa, con perdón, monstruosa figura, no sólo antiestética sino pesada e inmanejable. Por supuesto, podría levantar del suelo una tonelada de peso, pero usted no quiere un cargador de muelle, sino un ayudante efectivo, ¿verdad?

—Es cierto —dije, admirado. Merril había sabido calar en mis pensamientos—. ¿Está usted en condiciones de lograrlo?

El hombrecillo bajó los ojos.

—Modestia aparte, creo que sí, señor Deys. Ahí, como verá, he trazado ya los primeros planos de los nuevos circuitos; habrá que suprimir unos y añadir otros, pero todos ellos serán de un volumen muy inferior a los existentes. Todavía no he trazado, sin embargo, el plano del circuito conexor analítico... podríamos denominarlo C.A. para abreviar, si le parece —hizo un inciso—; pero es que tengo que realizar primero unos experimentos y unos cálculos, sin

los cuales no me atrevo a dar comienzo a mi labor.

La intuición me dijo que Merril estaba en el buen camino. Procuré, sin embargo, mantenerme impasible.

—¿Cree usted que encerrará todo el conjunto en una envoltura del tamaño de una persona corriente?

—Usted quiere un robot humanoide —apuntó Merril.

—Bien —confesé—, en realidad, ése ha sido el sueño de todo el que se ha dedicado a esta rama de la mecánica. Reproducir un hombre de carne y hueso por medios artificiales es imposible.

—Y entonces quiere construirlo por medios mecánicos.

—Verá —dije, aplastando el cigarrillo con el tacón—, en realidad, y sobre todo, en lo que a mí se refiere, no es cuestión de prestigio, ni tampoco avidez de notoriedad. Quiero construir un robot y, cuando vea que funciona a la perfección, iniciar la fabricación en serie. Podría haberlo hecho con el que usted ha desmontado; hasta cierto punto, era casi perfecto. Pero a las amas de casa no les gustaría tener en casa un armatoste semejante; asustaría a los niños, hundiría los pavimentos… Simple cuestión de estética, amigo Merril. Uno se siente más contento y satisfecho y, ¿por qué no decirlo?, también más tranquilo, con un robot tipo humano al lado. Es decir, se sentiría, casi de conseguir construirlo. Pero usted mencionó antes uno de los principales inconvenientes: la pesadez de los circuitos.

—Es que el hilo grabador de instrucciones resulta demasiado grueso. Como consecuencia, cada circuito memorístico ocupa un espacio excesivo.

—Señor Merril, el hilo que empleo es de media centésima de milímetro —dije, un tanto sulfurado por el comentario que había hecho.

El hombrecillo movió la cabeza.

—Demasiado grueso, insisto.

—No se fabrica más fino en el mercado —alegué.

—Entonces, tendremos que fabricarlo nosotros —afirmó él.

Pegué un salto en el asiento.

—¿Y cómo? —pregunté.

Merril lanzó una mirada a su alrededor.

—Necesito algunas herramientas que usted no tiene —dijo.

—Bien —murmuré, sumamente pensativo—, si es necesario, iré

a comprar lo que sea.

—¿De veras? —manifestó con ansiedad—. Lo hubiese encargado yo por visófono, pero no tenía dinero para pagarlo, si lo traían antes de que usted se despertase... y, por otra parte, no quería hacer nada sin su consentimiento.

—Bueno, por eso no se apure —dije—. Hágame la lista, ¿quiere? Y, a propósito, todavía no hemos hablado de sus emolumentos.

—Lo dejo en sus manos, señor Deys —sonrió el hombrecillo—. Usted es un hombre discreto y no me tratará como a un esclavo.

Cité una cifra y le pregunté qué le parecía; Merril dijo que estaba bien, tras de lo cual redactó la lista de las cosas que necesitaba, a cual de ellas más disparatada: un microscopio, un motor de máquina eléctrica de escribir, de 70/220 y 60 ciclos, un estetoscopio, un radar portátil de campaña, un par de lupas, cuatro electroimanes de un vigésimo quinto de kilográmetro de potencia...

Le miré boquiabierto.

—¿Está seguro de que necesita todo esto, Merril? —pregunté.

—Sí, señor Deys.

—Bien —dije, procurando dominar mi asombro—, se lo traeré lo antes posible.

—Mientras tanto, empezaré a hacer los cálculos para diseñar el C.A.

—Ah, sí, es cierto —contesté.

Y todavía sin saber lo que me hacía, abandoné el cuarto de trabajo y me dirigí hacia la salida.

Era ya casi de noche cuando regresé con un impresionante conjunto de paquetes, que apenas si podía abarcar con los dos brazos. Llegué a la puerta y toqué el timbre con la punta de la nariz. Era el único sitio que me quedaba libre.

La puerta se abrió. Entonces apareció ante mis ojos la rubia más imponente que he visto en los días de mi vida.

Ella no me vio la boca abierta, porque me la tapaban los paquetes que llegaban hasta la altura de los ojos. Yo sí la vi, de los pies a la cabeza y me quedé asombrado.

Era casi tan alta como yo, de pecho arrogante, cintura flexible y caderas rotundas, aunque en modo alguno ampulosas. Su pelo rubio parecía un casco de oro, sobre todo, porque lo tenía muy recortado, casi como un muchacho, lo cual confería a su rostro una expresión

encantadora, acentuada por los dos atractivos hoyuelos de sus mejillas. Tenía los ojos más azules y expresivos que me ha sido dable contemplar hasta hoy y, en fin, el conjunto de sus atractivos físicos estaba rematado por un espléndido par de piernas, largas y maravillosamente contorneadas, que se veían muy bien, porque lo permitían los breves pantaloncitos que usaba. Unas sandalias de medio tacón y una camisa azul claro, de manga corta, completaban su liviano atavío.

Durante unos instantes, permanecí contemplándola, atónito y desconcertado. De pronto, ella, con gesto cortés, alargó los brazos hacia mí.

—Permítame, señor Deys —dijo—. Le ayudaré a entrar los paquetes.

Retrocedí un paso, evitando su gesto.

—Un momento —dije—. Antes quiero saber quién es usted y qué hace en mi casa.

—Me llamo Cynthia Miller y soy técnico robotista —contestó la chica, cuya edad no llegaba al cuarto de siglo—. trabajo para usted, señor Deys... suponiendo que sea usted el señor Deys.

—¡Claro que lo soy! —dije de mal talante. De pronto pegué un salto—: ¿Qué ha dicho? —grité—. Repítalo, por favor señorita Miller.

—Trabajo para usted, como robotista...

—¿Quién la contrató? —pregunté.

—Pues... el señor Merril. Había leído su anuncio y me presenté en la casa. El señor Merril me dijo que, aunque no estaba, creía interpretar sus deseos al contratarme... y me quedé, eso es todo, señor Deys. Creo que usted estará conforme.

Apreté los labios. Estaba empezando a darme cuenta de una cosa.

Merril había tomado la iniciativa, suave, insidiosamente, sin que yo me percatara de ello. Si le dejaba hacer, yo acabaría por quedar reducido al papel de mozo de limpieza en mi propia casa.

—Apártese —gruñí—. ¿Dónde está Merril?

—Durmiendo —contestó Cynthia—. Se sentía muy cansado y dijo que necesitaba dormir.

—Despiértelo —ordené en tono seco—. En el acto. ¿Me ha oído usted, señorita Miller?

Una sombra de temor apareció en los ojos de la chica.

—¿Va... va a despedirme, señor Deys? —preguntó aprensiva.

—Voy a... Ayúdeme a descargar este conjunto de trastos —mascullé—. No sé si Merril está loco o el demente soy yo, pero una cosa hay segura: este asunto tiene que aclararse esta noche o dejo de llamarme Allen Deys.

—Sí, señor Deys. Como usted diga, señor Deys.

Llevamos los paquetes al cuarto de trabajo, el cual no parecía haber variado mucho de aspecto. Quedaban más paquetes en el coche y los entramos en otro viaje. A continuación, Cynthia dijo:

—Llamaré al señor Merril.

—Le espero aquí —contesté, poniéndome un cigarrillo en la boca. Estaba tan furioso, que no reparé en la agradable estampa que ofrecía la chica caminando hacia la salida.

Cynthia volvió unos minutos más tarde, cuando ya estaba empezando a consumirme la impaciencia. Vi en su rostro una nota de inquietud que no me agradó en absoluto.

Cynthia se retorció las manos con nerviosismo.

—¿Y bien? —dije, a punto de estallar.

—El señor Merril no se despierta —manifestó la muchacha al cabo.

CAPÍTULO IV

C

ontemplé a Merril en silencio durante un largo minuto.

El hombrecillo yacía sobre el lecho, cubierto tan sólo por una manta. Su rostro tenía la palidez de la cera y sus manos estaban a lo largo de los costados. Más que nunca, en aquellos momentos, me extrañó la desmesurada longitud de sus dedos.

Ciertamente, tenía los ojos cerrados y no dio señales de vida cuando le llamamos, ni siquiera sacudiéndole con cierta rudeza. A no ser por los lentos movimientos de su respiración, se hubiera dicho que estaba muerto.

Pero no, dormía muy profundamente; tanto, que llegué a creer que estaba sumido en un sueño hipnótico, provocado por Dios sabía

qué agente externo. Lo más raro de todo era la extrema lentitud de sus movimientos respiratorios; mientras que lo normal en un hombre es llenar y vaciar los pulmones de dieciséis a dieciocho veces por minuto, Merril respiraba a un ritmo inferior a la mitad, esto es, unas seis o siete veces por minuto.

—Tendremos que llamar a un médico —dije, de mal talante.

—Yo creo que no —contestó Cynthia.

—¿Por qué? No se despierta; puede sufrir alguna enfermedad...

Ella le tomó la muñeca.

—El pulso es bajo, pero sostenido. Su corazón se mueve a un ritmo de veinticuatro a veintiséis pulsaciones por minuto.

—Esto parece catalepsia, ¿no cree?

—Estaba muy fatigado, me dijo —habló la chica—. Estimo que lo mejor será dejarlo descansar, señor Deys.

La miré con fijeza durante unos segundos.

—Así que usted leyó mi anuncio en el periódico.

—Sí, señor Deys.

—He de creer en su palabra de que es técnico robotista y de que Merril la contrató, pero ¿cuánto quiere ganar usted?

—Lo dejo a su elección, señor Deys —ella sonrió.

—¿Está decidida a continuar aquí?

—Siempre que usted no revoque la orden del señor Merril.

—Bien, tal vez le convenga saber una cosa, señorita Miller.

—Usted dirá —respondió ella en tono sosegado.

—Estoy arruinado. —Era verdad, no un truco para deshacerme de ella—. Apenas si me queda dinero para poder comer durante dos o tres meses. Prometí a Merril una buena soldada, pero olvidé que soy un tipo distraído y que hace tiempo que vivo de un pequeño capitalito que gané tiempo atrás. Ese dinero está a punto de volatilizarse... en realidad y salvo el capítulo de la alimentación durante los dos o tres meses venideros, todo cuanto me quedaba en el banco, se ha consumido en las compras que me obligó a efectuar Merril.

Ella se atusó el cabello con gesto instintivo.

—El señor Merril me habló de sus propósitos —contestó—. Tal como veo las cosas, estimo que sólo es cuestión de tiempo el que usted empiece a ingresar de nuevo dinero en sus arcas, señor Deys. Por lo tanto, le concedo el más amplio crédito en lo que se refiere a

mi sueldo.

—Es usted muy amable, señorita Miller. Tan amable como encantadora... y demasiado aficionada a la robótica, cuando accede a sacrificarse de tal modo. No me gusta ser indiscreto, pero ¿qué hace una chica tan guapa como usted, aficionada a la ciencia en lugar de a un marido y tres críos?

Cynthia se sonrojó un poco.

—Señor Deys, me gustaría dejar bien sentado que mis asuntos privados no interesan a nadie. A usted debe importarle únicamente mi competencia profesional... suponiendo que después de lo que acabo de decirle persista en considerarme como su empleada.

—Me gusta la franqueza, señorita —dije—. Seguirá trabajando para mí y olvide lo que le he dicho. —Miré al durmiente—. Bueno, Merril debe seguir descansando.

—Si no le importa —apuntó ella—, puedo preparar algo de cena.

Sonriendo con malicia, añadió:

—Además de los cursos de robótica e ingeniería, hice uno sobre economía doméstica, puericultura y cuidado del hogar en general.

La miré con admiración.

—A última hora, resultará que Merril contrató a una verdadera perla.

Cynthia enrojeció.

—No tanto, pero vaya... Todavía sé preparar un par de huevos fritos.

—Pues proporcióneme una muestra de sus habilidades culinarias o me desmayaré de hambre en menos de media hora —exclamé.

Ella se echó a reír. Salió de la habitación.

Arrojé una mirada hacia Merril.

¿En qué extraño sueño se hallaba sumido?

* * *

El mío, durante la noche que siguió, fue también muy profundo. No sé por qué, me sentí invadido por una paz enorme, por un relajamiento general de mi espíritu, como hacía meses o quizá años que no lo sentía. ¿Era la tranquilidad de haber visto claro a tiempo y darme cuenta que no me sentía subyugado por la poderosa vitalidad de Diana Van Schuys y su arrolladora y egocéntrica personalidad?

Mientras me bañaba, después de haber despertado más tarde que lo habitual, me di cuenta, no sin asombro por mi parte, de que la ruptura con Diana, lejos de haber conturbado mi ánimo, había producido efectos diametralmente opuestos. Ni siquiera lo lamentaba... ni aun pensando en lo desesperado de mi situación económica.

Era como para temblar. Tenía dos empleados... y carecía de dinero para pagarles. Cynthia me había concedido un crédito sobre sus sueldos, pero... ¿haría Merril lo mismo?

Era inútil preocuparse; dentro de poco lo vería. Una vez vestido, bajé al estudio.

Encontré a Cynthia encaramada en lo alto de un taburete, muy aplicada en examinar no sé qué a través del microscopio. La chica me oyó, pero no levantó la vista del ocular.

Movió la mano, indicándome la cocina.

—Su desayuno está en el horno —dijo.

Me acerqué a ella. Procuré mirar al microscopio, en lugar de a sus piernas.

—¿Qué está examinando? —pregunté.

—El señor Merril me dejó trabajo por realizar. Lo que hay en el microscopio son muestras de hilo de platino.

—¿Platino?

—Sí. Usted usa un hilo de media centésima. El señor Merril ha dicho que es preciso conseguir un grosor de media milésima.

Pegué un respingo.

—¡Pero eso es imposible! —barboté—. ¿Se ha vuelto loco ese tipo?

De repente me percaté de que no estaba todavía en el laboratorio.

—¿Aún duerme, señorita Miller?

Cynthia levantó la cabeza.

—Sí, pero no se preocupe por él.

—¿Cómo que no me preocupe? Lleva durmiendo ya casi quince horas de un tirón. Puede estar enfermo...

—No, simplemente duerme, se lo aseguro —me atajó ella con voz firme—. Ande, váyase a desayunar antes de que se le haga demasiado tarde.

—¡Un momento! —dije en tono severo—. Antes quiero que me

explique lo que ocurre aquí. Hace dos días, yo era el dueño aquí. Ahora, me encuentro casi que soy un huésped en mi propia casa. Señorita, usted no logrará convencerme jamás de que no conocía ya a Merril y que se ha puesto de acuerdo con él…

—¿Para fabricar bombas y atentar contra el gobierno? —manifestó ella, con sonrisa encantadora—. Por favor, señor Deys; no debe recelar de nosotros. En lo que se refiere a Merril, sólo trata de encontrar soluciones para los problemas nada pequeños que plantea la construcción del robot que usted desea.

La mandíbula se me aflojó de repente.

—¿Có… cómo ha dicho? ¿Du… duerme y estudia al mismo tiempo?

—Ustedes, cuando se enfrentan con un problema difícil, más de una vez, ¿no dicen que van a consultarlo con la almohada?

—Eso no es más que un dicho popular, sin valor alguno —refunfuñé.

—No tanto, señor Deys —dijo ella, sin dejar de sonreír—. ¡Cuántos políticos no han confiado a la almohada la solución de sus problemas! Muchas veces, el dormir, el relajamiento general del sueño, contribuye a aclarar las ideas y a encontrar otras nuevas al día siguiente. No me negará usted que eso es verdad, señor Deys.

—Sí —reconocí, de mal talante—, pero es que, de todas formas, el problema del C.A. es una cosa que requiere algo más que la ayuda de una almohada y, por otra parte, son demasiadas horas de sueño. ¿O no opina igual que yo?

Los hoyuelos de las mejillas de Cynthia se acentuaron de modo encantador al emitir una de sus características sonrisas.

—Desde luego, pero dejemos que sea el propio interesado quien juzgue sobre el particular. Mientras tanto, ¿por qué no procura usted llenar su estómago? —En tono solícito añadió—: No olvide que un estómago vacío es la fuente de todos los males, señor Deys. ¿Vamos?

Echó a andar delante de mí, caminando con un fascinador contoneo de caderas, que me hizo olvidarme por unos momentos de Merril, del desayuno y de todos mis problemas. Luego fuimos a la cocina y ella me sirvió en persona, con una solicitud y un mimo totalmente impropios de un ingeniero robotista, pero que me agradaron sobremanera.

Al terminar el desayuno, decidí que era hora ya de encararme con mis problemas técnicos.

—¿Cree usted que podrá lograr estirar el platino hasta la media micra? —pregunté.

—Cuando él lo ha dicho, es que puede ser —contestó Cynthia en tono lleno de confianza—. Por otra parte, he estado estudiando sus esquemas... los de usted, señor Deys y, sin ánimo de ofenderle, los encontré bastante burdos. Así se comprende que su robot fuese tan grande y tan torpe.

Me acaricié la mandíbula.

—Un hilo de media milésima de milímetro de sección tiene que ocupar poquísimo espacio —murmuré.

—Evidentemente —convino Cynthia con gran cortesía

—Esto significa que las bobinas memorísticas ocuparán un espacio reducidísimo, aparte de su enorme ligereza.

—En efecto, señor Deys.

—Pero el problema que se me plantea en el acto es: ¿resulta suficiente la sección del hilo de platino para poder influenciarlo magnéticamente, de modo que se puedan efectuar en él las grabaciones correspondientes?

—Depende —dijo Cynthia, recogiendo los platos y llevándolos a la fregadera—. Del sector de grabaciones en primer lugar; de la sensibilidad de los lectores de imagen y sonido y del, entre otros detalles menos importantes, exacto ajuste del voltaje de la pila motriz. No olvidemos también que es preciso crear, en torno a cada circuito, un campo antimagnético que lo aísle por completo de los restantes, así como de las partes metálicas del aparato... perdón, quise decir del robot.

—Siga, siga —dije, muy interesado en las palabras de la chica. Todo lo que me decía era nuevo para mí.

—Bien, como digo, cada circuito tiene que estar bien aislado de los demás y de cualquier parte metálica de robot: tensores, tirantes, cables, conductores eléctricos. Dada la extrema delgadez de los hilos, podría ocurrir, al carecerse de dicho aislamiento por medio de campos magnéticos individuales, que la grabación destinada a un circuito fuese a parar a otro, con los inconvenientes a que esto podría dar lugar y que son imaginables. Salvado este posible obstáculo, la grabación puede realizarse con toda facilidad. A fin de

cuentas, usted usaba un hilo de media centésima de sección y el señor Merril lo que pretende es, expresándolo en términos vulgares, acentuar la receptividad del hilo de media milésima.

—Usted acaba de decir que lo pretende. Y yo le pregunto: ¿lo conseguirá?

Antes de que Cynthia pudiera darme una respuesta, se oyó la campanilla del visófono.

—Perdóneme —dije.

Salí al cuarto de trabajo y di el contacto. El grueso rostro del padre de Diana apareció en el acto ante mis ojos en la pantalla del visófono.

CAPÍTULO V

El tono del señor Van Schuys era conciliador.

—Allen, ¿cómo estás? —preguntó muy cortés.

—Muy bien, señor —respondí. La llamada no me hacía la menor gracia.

—He estado reflexionando sobre lo que ocurrió la otra noche. Posiblemente tenías razón, muchacho.

—¿Y...? —dije. Me escamaba tanta amabilidad, palabra.

—Creo que Diana te dijo algo al respecto. La dirección de mi fábrica de visófonos está vacante.

«¡Visófonos, puh!», pensé.

—Gracias, señor Van Schuys, pero soy hombre de una sola palabra. En todo caso, puedo deplorar mis expresiones fuertes y rogarle me perdone por haberlas proferido, pero el fondo de la cuestión sigue siendo el mismo.

—¡Condenado tozudo! —gruñó el padre de Diana—. Ya sé que Diana tiene gran parte de culpa, pero habrás de reconocer que tú no te portaste nada bien con mi huésped.

—Es posible —concedí—. Sin embargo, lo hecho, hecho está y no pienso volverme atrás.

—Allen —el padre de Diana habló despacio—, sé que estás poco menos que sin blanca. Te ofrezco la seguridad económica para el

resto de tus días. Se habrán terminado las preocupaciones.

—No, gracias. —En tono sarcástico añadí—: No tengo ganas de convertirme en un objeto de adorno más en su lujosa mansión. ¿Por qué no le hace la misma proposición al señor Brabant?

Brabant era uno de los más directos competidores de Van Schuys. Sonó una enérgica interjección.

—¡Al diablo con ese gomoso! —barbotó—. ¡Diana te quiere a ti...!

—¿Ah, sí? Conmovedor afecto. No ha cesado de bombardearme con sus llamadas desde que nos separamos —dije con mordacidad —. Querido ex futuro suegro, tanto si realiza esta gestión por su cuenta como en nombre de su linda hija, siento manifestarle que ha fracasado del modo más rotundo.

—El que fracasará serás tú —gruñó Van Schuys—. No tienes dinero...

—Eso no es ninguna desventaja cuando se poseen un cerebro, dos brazos, dos piernas y treinta y dos años, señor Van Schuys —contesté—. Si entiende lo que quiero decirle, sabrá que ésta es la última conversación que sostenemos. ¡Adiós!

Cerré la transmisión y me incorporé. Cynthia me miraba con gesto curioso.

—Parecía muy empeñado en conseguir sus servicios —comentó.

—Sí, pero yo no trabajaría para él ni por el doble de sueldo —contesté.

Cynthia hizo un gesto ambiguo.

—¿Quién sabe? Dado el panorama monetario que se nos ofrece en perspectiva, tal vez hubiera sido lo mejor, señor Deys.

—Escúcheme, señorita —dije, muy amoscado—: usted es mi empleada, pero ello no le da derecho a inmiscuirse en mis asuntos particulares. Atienda al trabajo que le encomendaron y no se preocupe de más.

—Sí, señor —contestó ella, muy envarada. Y se puso a trabajar.

El caso es que, puesto que Merril parecía haber tomado la iniciativa de las operaciones, yo no tenía nada que hacer allí, excepto presenciar, cruzado de brazos, los trabajos de Cynthia, de los cuales no entendía nada en absoluto. Vi que empezaba a componer las partes de una máquina cuya utilidad desconocía, movida, al parecer, por el motorcito de máquina eléctrica de

escribir que había adquirido, pero cada vez que solicité explicaciones, ella se negó rotundamente a dármelas, alegando que tampoco entendía nada y que sólo estaba llevando a la práctica los esquemas y diseños de Merril. Al final, al acabar el día, quedó terminado un aparato de extraña forma, que ocupaba la mayor parte de una de las mesas, que estaba despojada de cuanto había tenido hasta entonces.

La noche llegó sin que Merril hubiese dado señales de vida. Cynthia dijo que se sentía un poco fatigada y que iba a preparar la cena. Antes de que pudiera poner las palabras en práctica, sonó el timbre de la puerta.

Nos miramos los dos mutuamente, en silencio, como preguntándonos quién podría ser el inesperado visitante. El timbre sonó de nuevo.

—Yo iré a abrir —dijo ella.

Pese a todo, me asomé a la puerta del estudio, desde la cual dominaba plenamente todo el vestíbulo. Vi que Cynthia abría y casi en el acto sonó una exclamación de sorpresa.

—¡Caramba! ¿De dónde ha salido esta encantadora hurí? —comentó una voz de tonos jocosos.

Cynthia se desconcertó un momento. En lo que a mí respecta, me sentí muy disgustado al reconocer a mi visitante.

—Por favor, señorita Miller —dije.

Cynthia se apartó a un lado. Entonces, Hugo Brabant entró en la casa.

No venía solo; le acompañaban dos sujetos, la elegancia de cuyos atuendos respectivos no era suficiente para borrar de sus rostros la profesión que practicaban: guardaespaldas profesionales. Ello me hizo recordar que los principios financieras de Brabant no siempre se habían ajustado a la ética.

El tipo avanzó hacia mí, con un aire de insolente superioridad, que aumentó más todavía la irritación que sentía.

—¿Qué tal, amigo Deys? ¿Se encuentra ya mejor? ¡Ah! —exclamó, riendo—, veo que todavía le dura la señal de uno de mis golpes. Tendrá que disculparme; el otro día me porté un tanto impulsivo con usted.

—Supongo que no ha venido aquí para hablarme de aquel lamentable incidente —contesté en tono rígido.

—Ya lo creo que no, mi querido señor Deys. —Lanzó de reojo una mirada apreciativa hacia Cynthia—. ¿Su… secretaria?

—La señorita Miller es mi ayudante —dije.

Cynthia se retiró al estudio.

—Con su permiso —exclamó. Y se marchó, contemplada con gran atención por Brabant y sus dos gorilas.

—Una mujer espléndida —elogió el sujeto—. Así, se comprende que haya dejado plantada a su prometida.

—Aquella noche no conocía aún a la señorita Miller —expliqué con paciencia—. Por otra parte, creo que aun sin la señorita Miller, Diana y yo habríamos terminado por romper nuestras relaciones; los caracteres respectivos son… Pero éste es asunto mío —corté rápidamente—. Ahora, lo interesante es conocer los motivos de su visita.

Sin moverme de mi sitio, le di a entender con claridad, al no ofrecerle ni siquiera una silla, que deseaba que su estancia en mi casa durase lo menos posible. Brabant no era tonto y comprendió en el acto mis intenciones.

—Está bien —habló—. Seré claro, amigo Deys. Conozco su fama como ingeniero robótico y conozco también alguno de sus trabajos sobre la materia. Usted no ignora que la M&IM, una de las empresas más fuertes en este ramo, es mía.

—Pasando por alto el hecho de que no soy su amigo, le diré que gracias por sus elogios y que sí conozco su empresa, aunque sólo sea de oídas. ¿Algo más?

—Sólo una cosa, Deys. He venido a ofrecerle la dirección de la empresa, cargo que será dotado con un sueldo generoso, cuya cuantía no discutiremos, ya que confío en su discreción.

—De modo que quiere que yo sea director de la M&IM.

—Así es —afirmó Brabant—. Tendrá una absoluta independencia de acción, siempre, claro está, que tal acción esté encaminada al progreso de la empresa, cosa que haría usted igual si trabajase para cualquier otra firma.

—Desde luego.

—Pero con una condición: todas sus investigaciones, inventos y patentes, quedarán de la exclusiva propiedad de la M&IM. Como es lógico, usted recibirá un porcentaje de los beneficios de sus inventos, pero la propiedad será mía, exclusivamente mía —recalcó.

Le miré con fijeza durante un segundo.

—Señor Brabant —dije—, si sólo vino para decirme eso, ya puede marcharse. La entrevista ha terminado.

Brabant se desconcertó.

—¡Espere! ¡No puede negarse a aceptar mi proposición! ¡Es la más ventajosa que nadie le hará en su vida! —exclamó.

—Usted no me ha entendido —dije. ¿Por qué me negaba a colaborar con él? Ni yo mismo lo sabía en aquel momento—. Cuando digo no, es no en todo el mundo.

Los ojos del individuo chispearon.

—He hecho investigar su situación financiera antes de venir aquí y sé que se halla al borde de la quiebra. —Movió la mano en semicírculo—. Dentro de poco tendrá que vender hasta las macetas de esta casa para poder comer.

Caminé hasta la puerta y la abrí de par en par.

—Por aquí se va a la calle —le invité en tono agresivo—. Y sus gorilas no me asustan.

Una chispa de buen humor apareció en los ojos de Brabant.

—Creo haber demostrado que yo también sé defenderme —dijo. De pronto, sus labios se tensaron—. Por última vez, Deys.

—Fuera —dije—. ¡A la calle!

—Está bien —contestó Brabant—. Volveremos a vernos. Disfrutaré muchísimo echando una moneda en su sombrero cuando le vea en una esquina pidiendo limosna.

—Pedir limosna, a veces, resulta menos doloroso que venderse por cuatro monedas —respondí en tono insultante.

El rostro de Brabant se descompuso. Por un momento, creí que se iba a lanzar contra mí. Le tenía preparado el pie derecho para clavárselo en la barriga, pero creo que me adivinó las intenciones. Barbotando palabrotas, se fue, seguido de sus silenciosos esbirros.

Cerré la puerta con doble vuelta de llave. Al volverme, vi a Cynthia bajo el dintel de la puerta del estudio.

El rostro de la muchacha ofrecía un aspecto grave.

—Se ha creado un mal enemigo, señor Deys —manifestó.

Levanté la barbilla con orgullo.

—¿Sugiere usted que debía haber aceptado el empleo?

—No soy yo la más indicada para señalarle una norma de conducta, pero... —Movió la cabeza y sus cortos rizos se agitaron—.

Es imposible predecir lo que nos depara el futuro, contando a Brabant como enemigo.

Cynthia tenía razón. Brabant se había convertido en mi enemigo. Pero, y ésta era la pregunta más difícil de contestar: ¿recurriría a la acción directa para obtener lo que quería?

A pesar de todas mis preocupaciones, dormí como un lirón durante toda la noche, igual que si me hubiera tomado una dosis doble de sedante, aunque sin los perniciosos efectos que esta droga produce al despertar. Me desperté ágil, fresco, descansado y con magnífico apetito. Las veladas amenazas de Brabant me hicieron reír. Bajé al estudio. Entonces presencié el espectáculo más asombroso de mi vida.

Merril se había despertado ya y estaba trabajando. Pero, ¡santo Dios, qué forma de trabajar!

El hombrecillo iba y venía de un lado para otro, con la actividad y la agilidad de una ardilla. Trazaba unas líneas en el papel que tenía sujeto con chinchetas sobre el tablero de dibujo; volvía a la mesa de trabajo y manejaba unos alicates o un soldador eléctrico; cortaba unos cables, trazaba más signos sobre el papel, recortaba trocitos de plancha de cobre; dibujaba de nuevo, realizaba vertiginosas operaciones aritméticas... Era un movimiento constante, fabuloso, mareante, semejante a la proyección de una película en toma acelerada. Desde luego, si había estado durmiendo casi dos días, ahora se desquitaba cumplidamente de su descanso.

Al mismo tiempo, percibí que salían dos cosas por la puerta de la cocina, situada al otro lado de la vasta pieza que era el cuarto de trabajo: un delicioso aroma a café recién hecho y huevos fritos, y la agradable voz de Cynthia, que entonaba una conocida canción de moda.

Permanecí unos momentos silencioso, observando las vertiginosas idas y venidas de Merril, hasta que me cansé de estar allí, sin que nadie me hiciera caso. Entonces pegué un grito que hizo retemblar las paredes.

—¡Señor Merril!

El hombrecillo de cabeza de pera se detuvo en seco, como si se hubiese parado la proyección de la película cinematográfica a que antes he aludido. Una amplia sonrisa brillaba en su rostro.

—¡Buenos días, señor Deys! ¡Me alegro de verle tan bueno!

¡Cynthia, muchacha —gritó—, prepara el desayuno, aquí está ya el patrón!

Cynthia asomó a la puerta de la cocina, más hermosa y atractiva que nunca.

—Buenos días, señor Deys. ¿Se encuentra bien?

—Sí —contesté con voz tirante—. Me encuentro bien, pero mi estado mejoraría muchísimo si se me informase de lo que está pasando en esta casa. ¿O es que yo también debo permanecer en la ignorancia? —dije con melifluo sarcasmo.

—Nada de eso, señor Deys —se apresuró Merril a contestar—. Por el contrario, tiene todo el derecho a saber lo que estoy haciendo.

—Bien, entonces explíqueme lo que hace.

—Estoy trabajando en un nuevo tipo de manta eléctrica.

Me pasé la mano por la cara. ¿Había oído bien?

—Tengo entendido —dije, con toda la amabilidad que me fue posible—, que íbamos a fabricar un robot.

—Así es —admitió el hombrecillo—. Pero, ¿sabe?, me enteré de que nos falta dinero y entonces decidí fabricar el nuevo tipo de manta eléctrica.

—Aquí hay un loco y no creo serlo yo —grité—. Mantas eléctricas las hay de todas clases, en el mercado. ¿Es que piensa...?

—No de la que estoy terminando de diseñar —me interrumpió Merril respetuosamente—. La mía elimina todos los peligros e inconvenientes de las actuales; no más incendios por avería en el termostato; no más cortocircuitos o bajas temperaturas. Será de carga instantánea y duración prácticamente ilimitada, por medio de una micro-batería extraplana que irá acoplada a su estructura y que será tan flexible y acomodable a todos los pliegues del lecho como una manta corriente. Bastará tener la manta enchufada durante dos o tres minutos, para que la batería se haya cargado. Entonces, por medio de un nuevo termostato de mi invención, se regulará la temperatura, según las conveniencias del usuario y, claro está, al ser desconectada, se eliminan todos los peligros inherentes a tales aparatos, ¿me ha comprendido? Cuando esté lista, usted venderá la patente por una fuerte suma y así podremos continuar los trabajos con el robot.

Busqué una silla y me senté de golpe. Las piernas se me habían

quedado sin fuerza de repente.

—Le traeré una taza de café —dijo Cynthia solícita.

—Échele unas gotas de coñac —pedí con voz débil—. Lo estoy necesitando.

CAPÍTULO VI

P

asaron varios meses.

Merril tenía razón; la patente de la manta eléctrica me produjo una fuerte suma, que nos alivió por completo de toda preocupación económica. Claro que, según se preveía, iba a producir aún mayores beneficios al fabricante, pues estaba a punto de desbancar a sus competidores, pero eso no me importaba a mí demasiado. Ciertamente, siempre he mirado al dinero como un medio, no como un fin. El dinero debía servirme a mí, no yo al dinero.

Merril realizó también varios inventos más, entre ellos un curioso sistema de alarma contra robo, basado nada menos que en las huellas dactilares de cada persona, así como lo están leyendo. Aunque el ladrón fuese el tipo más hábil del mundo, aunque llevase las manos con guantes de un centímetro de grueso, si estaba conectada la alarma, la cual, previamente, había sido «impresionada» por las huellas digitales del propietario, los esfuerzos para inutilizarla, como se hacía con otros sistemas, resultaban estériles. Aquella puerta, aquella valla o caja de caudales, en fin, el lugar que se quisiera mantener a salvo, permanecía inviolado, mientras no desconectase la alarma el propio dueño. Como puede comprenderse con facilidad, la venta de esta patente nos proporcionó un río de dinero.

Mis temores de un principio se habían cumplido totalmente: ahora, eran Merril y Cynthia quienes llevaban la dirección de los trabajos. No digo que yo fuese un cero a la izquierda, pero casi lo parecía. La verdad, sin embargo, es que aprendí muchísimo de la pareja, en especial del hombrecillo de cabeza de pera, cuyos conocimientos técnicos parecían tan grandes como inagotables.

No obstante, el objeto principal de nuestro trabajo, es decir, la

construcción de un robot humanoide, apenas si progresaba. Vi que había logrado construir la máquina de estirar el hilo de platino; vi también numerosas bobinas terminadas y vi que se realizaban en ellas las correspondientes grabaciones. Pero del C.A., por no hablar de otros elementos que debían componer la estructura general del robot-tipo, ni rastro.

Brabant tampoco dio señales de vida. Al menos, directamente, aunque sí le vi bastantes veces en los noticiarios y, sobre todo, en las revistas de sociedad, casi siempre acompañado de Diana Van Schuys.

Era extraño: después de la ruptura, me había olvidado por completo de Diana. ¿Influía la presencia de Cynthia en tal variación de mis sentimientos?

Era posible. Cynthia me gustaba mucho, he de confesarlo, pero la todavía reciente fracasada experiencia amorosa me hacía mostrarme prudente, cuando no reticente. Bien es verdad que, aunque habíamos llegado ya a tutearnos, ella tampoco me daba pie para insinuar nada en tal sentido.

Por otra parte, había cosas que me extrañaban sobremanera en aquella singular pareja. De cuando en cuando, Merril se sumía en un profundo sueño que, en alguna ocasión llegó a durarle nada menos que tres días. Después de la primera experiencia al respecto, ya no le molestábamos en absoluto durante su letargo.

Pero había podido darme cuenta de una cosa: cada vez que despertaba de uno de aquellos prolongados sueños, se ponía a trabajar con frenesí en un nuevo invento que, una vez patentado, me producía pingües ganancias. No me cabía ya la menor duda de que Merril aprovechaba su sueño para concentrarse y estudiar el mejor modo de llevar a la práctica su invento... el que fuera. En lo que se refiere a Cynthia, aun dentro de la mayor normalidad de su comportamiento, en comparación con el de Merril, tampoco actuaba de una forma regular. No había vuelto a salir de casa desde el día de su llegada; ciertamente, era limpia y pulida, y siempre se presentaba con la fragante frescura de una rosa cortada al alba, pero nunca observé que empleara afeites ni potingues de tocador de ninguna clase: el agua clara y el jabón de baño le bastaban para mantener una epidermis tersa y radiante, un color sanísimo y unos labios rojos que eran una verdadera tentación. En cuanto a su

indumentaria, no variaba excepto en el color y muy poco: tenía media docena de blusas, otros tantos pantaloncitos y dos pares de sandalias, y eso era todo cuanto usaba como atavío.

Pero la tardanza en resolver el problema de mi robot me ponía nervioso, viendo que pasaba el tiempo y no se conseguía nada práctico. Algunas veces quise intervenir; sin embargo, Merril y Cynthia me apartaron con cortés firmeza a un lado y siguieron adelante.

Una noche, sin embargo, las cosas se alteraron de una manera un tanto extraña. Por lo general, dormía como un tronco; era rara la noche que me despertaba a mitad de mi sueño, y cuando lo hacía, volvía a conciliarlo casi de inmediato.

Pero aquélla se me ocurrió encender un cigarrillo y reflexionar un poco. Cada vez más me iba convenciendo de que Cynthia me gustaba mucho y empecé a pensar en la conveniencia de sondear su espíritu, con vistas a establecer una relación más profunda y duradera.

En buenas palabras, me desvelé. Fumé un par de cigarrillos y luego, viendo que no conseguía dormirme, pensé que tomarme un vaso de leche tibia no me haría ningún mal. Me puse la bata y las zapatillas y salí de mi habitación.

Descendí al piso bajo. Cuando me acercaba al cuarto de trabajo, escuché voces.

Las reconocí al momento: eran Cynthia y Merril. La primera parecía acusar; el segundo, daba la sensación de defenderse de los ataques de la muchacha.

Me acerqué a la puerta con cautela; oía la discusión, que casi era más bien un monólogo por parte de la chica, pero no entendía las frases. Abrí con cuidado una rendija y apliqué el ojo.

Cynthia y Merril estaban en el centro de la pieza. Ella le reprendía; estaba claro, tanto por el tono de su voz como por los ademanes, que denotaban irritación, aunque en modo alguno eran exagerados.

Merril se defendía débilmente. Tenía la cabeza agachada y su actitud era la del «¿qué voy a hacer, si no puedo más?». Pero no pude entender nada de lo que decían.

Sencillamente, porque hablaban en un idioma por completo ininteligible para mí.

El hecho, aun siendo sorprendente, no me extrañó tanto como pudiera parecer; ya desde un principio me había parecido que los dos estaban de acuerdo. ¿Qué hablaban? ¿Qué sucedía allí?

Recordé que dormía profundamente casi todas las noches. Recordé también que aquel fenómeno se había producido a raíz de la llegada de Merril. Entonces se me ocurrió que tal vez influenciaban mi mente y me obligaban a dormir con más profundidad que lo ordinario, a fin de poder trabajar ellos por la noche en Dios sabía qué misterioso invento.

Cerré la puerta sin que se hubiesen percatado de mi presencia. Sin duda aquella noche habían relajado su atención sobre mi mente, o bien se habían confiado en extremo. Como fuera, me retiré sin haberme enterado de la discusión.

Apenas si dormí ya en el resto de la noche. Pero se me ocurrió la idea de volver al estudio cuando no estuvieran ellos y ver si hacían algo que yo no veía por las mañanas, porque lo retiraban o escondían después de trabajar a escondidas.

La casualidad vino a favorecer mis planes. No tanta casualidad, si se recuerda los extraños letargos en que solía caer Merril de vez en cuando. Al bajar a desayunar Cynthia, en cuyo rostro no se advertía la menor huella de una noche pasada en vela, fresca y pimpante como de costumbre, y más bonita que nunca, me anunció que el hombrecillo había sido acometido por uno de sus sueños habituales.

—Veremos qué nos inventa ahora —dijo, con encantadora sonrisa, mientras me servía el jamón y los huevos.

—Una máquina adivinadora del pensamiento —sugerí.

—¡Huy, no, Dios mío! —exclamó ella—. ¡Sería horrible!

—Es cierto, aunque yo sólo la usaría una sola vez y con una sola persona, Cynthia.

—Explícate, ¿quieres?

—Por supuesto. La usaría contigo.

Cynthia me miró extrañada.

—¿Para que? —preguntó con voz de acento tenso. Me dio la sensación de haberse puesto en guardia contra una pregunta indiscreta.

Pasé el detalle por alto y contesté:

—Así sabría qué inclinaciones sientes hacia mí.

Escuché con claridad el suspiro de alivio que exhaló al oír mis palabras. Sin duda, había temido que le formulase otra pregunta, de índole muy distinta y a la cual, sin dudarlo, habría tenido que negarse a responder. Ya lo sabría más adelante, pensé.

Enrojeció de un modo delicioso.

—Un hombre, según en qué ocasiones, no debe necesitar de máquina alguna para adivinar los pensamientos de una mujer —contestó.

—Es que hay asuntos para los cuales soy muy torpe.

Cynthia me miró a través de sus párpados entrecerrados.

—Eres un muchacho magnífico, Allen, y yo te aprecio muchísimo. Me aceptaste sin discusión, cuando Merril me contrató como ayudante y no puedo tener sino elogios para la forma en que te has portado conmigo, pero...

Se mordió los labios de repente.

—Lo siento, Allen —dijo.

—¿Qué te sucede, Cynthia? —pregunté, extrañado.

El pecho de la joven se agitó con fuerza.

—Perdóname, Allen. Te agradeceré que, en lo sucesivo, no me hagas preguntas de tipo personal.

—¿Estás casada?

Hasta entonces no se me había ocurrido semejante posibilidad.

Sacudió la cabeza en gesto negativo. De pronto vi que sus ojos se humedecían.

Me levanté, di la vuelta a la mesa y me incliné hacia ella, rodeándole los hombros con ademán protector.

—Cynthia, por favor, cuéntame —dije en tono persuasivo—. Si tienes algún problema, habla sin temor; tal vez yo pueda ayudarte a resolverlo. ¿Acaso se trata de dinero?

—No, Allen —respondió ella, muy agitada. De pronto se incorporó y tomó una de mis manos con vehemente ademán—. ¡Perdóname, perdóname! —exclamó atropelladamente. De modo brusco, me soltó y echó a correr, saliendo de la cocina antes de que pudiera detenerla.

Me senté en mi sitio, pero sin ganas ya de desayunar. Lo único que hice fue tomar un par de tazas de café, pero los huevos y el jamón se enfriaron en el plato.

Estaba decidido a aclarar como fuera el misterio que me

rodeaba.

Para ello, tenía que bajar otra vez por la noche y ver si hallaba algo distinto a lo que veía durante el día. Dado que Merril estaba sumido en su letargo «inventor», no era presumible que Cynthia estuviese en el cuarto de trabajo a altas horas de la madrugada, como la noche anterior.

Seguramente, esta noche caería en un sueño profundo. ¿Cómo despertarme sin que ellos se dieran cuenta?

Después de mucho pensar, concebí una idea. De ordinario, solía despertarme con normalidad, aunque, a veces, cuando madrugaba o necesitaba hacerlo a una hora fija, utilizaba un pequeño aparato de radio a pilas, con reloj incorporado. Pero, si lo utilizaba de modo normal, corría el peligro de ser oído, ya que debería poner la radio a mayor volumen del necesario, dada la pesadez de mi sueño en los últimos tiempos. Entonces se me ocurrió conectar un cable conductor al mecanismo del despertador y desconectar el interruptor que ponía en funcionamiento la radio.

Cuando llegó la hora, el despertador provocó la descarga eléctrica, que se transmitió a mi cuerpo por medio de los hilos sujetos a mi muñeca con unas tiras de esparadrapo. Dada la escasa intensidad del voltaje de las pilas, fue una sacudida soportable, pero que consiguió sus efectos.

Apagué la radio y la transmisión de la corriente eléctrica cesó en el acto. Escuché unos mementos; la casa estaba sumida en un completo silencio.

Me vestí rápidamente, sin encender la luz. Salí de mi habitación y caminé hacia la de Merril.

El hombrecillo continuaba sumido en un sueño profundísimo. Cerré sin hacer ruido y me acerqué al cuarto de Cynthia.

La muchacha dormía también. Tranquilo al respecto, descendí al piso bajo.

Cerré la puerta del estudio con gran cuidado. La luz del vestíbulo había quedado apagada, así que nadie podía saber que me encontraba yo en aquella estancia.

Lo primero que vi fue una especie de caldero de buen tamaño, capaz para unos veinte litros, colocado sobre un soporte y encima de una tenue llama de gas, que ardía con débil resplandor. El caldero humeaba un poco.

Frunciendo el ceño, me acerqué para examinar su contenido. Estaba casi lleno de una sustancia de color suavemente rosado y aspecto gomoso. No olía demasiado y el olor que se desprendía no resultaba desagradable del todo. De cuando en cuando, grandes burbujas de gas afloraban poco a poco a la superficie y reventaban con sordo chasquido. Me dio la sensación de que era una pasta para recubrir alguna superficie metálica; ¿un aislante nuevo para los cables conductores?

Era imposible saber el objeto de aquella sustancia, mientras no me lo explicasen Cynthia o Merril. Giré en redondo y continué mi exploración.

Unos segundos después, me detenía ante el tablero de dibujo, sobre el cual había un papel en el que había sido trazado un diseño de un extraño aparato.

Conocía ya los trazos de Merril, de modo que me bastó una simple ojeada para darme cuenta de que el diseño había sido trazado por la propia Cynthia, con toda seguridad, siguiendo instrucciones concretas del hombrecillo.

No fue el hecho de que hubiese sido Cynthia la autora de aquellos planos lo que me causó un temblor casi en el acto. Había muchísimos detalles técnicos, por no decir todos, que desconocía en absoluto, pero tampoco era necesario ser un experto en la materia para reconocer el dibujo de un aparato hasta entonces considerado como pura fantasía.

¡Era un platillo volante!

CAPÍTULO VII

R

ecordé el extraño lenguaje que habían empleado Cynthia y Merril la noche anterior. Recordé también otras muchas rosas, entre ellas la inesperada manera de presentarse uno y otra para obtener un empleo; recordé también que Merril había admitido a Cynthia por su cuenta, sin preocuparse de mi aprobación o dándola por conseguida anticipadamente. Y también recordé la extraña sensación de paz que había percibido desde un principio; la

confianza que Merril había sabido inspirarme; el sueño tan profundo que solía acometerme de ordinario cuando me retiraba a descansar...

¿Eran Cynthia y Merril dos seres no nacidos en la Tierra?

La posibilidad de que mi hipótesis pudiera ser realidad, hizo que mi cuerpo se viera sacudido por un temblor convulsivo durante algunos segundos.

Dos seres extraterrestres.

¿Qué facultades tan enormes y extrañas al mismo tiempo poseían?

Bien mirado, acaso no se trataba de facultades, sino del producto de una civilización adelantadísima. Los inventos de Merril así lo demostraban... y su comportamiento, por supuesto.

En tal caso, ¿qué pretendían?

Fantásticas historias de seres extraterrestres que llegaban como espías a nuestro planeta, para preparar una invasión, y que se fundían con la masa humana del planeta, para una mejor consecución de sus planes, cruzaron por mi mente en el acto. ¿Y si todo aquello no era más que una especie de engaño, destinado a hacerme creer en una supuesta bondad que no existía?

¿Qué harían con nosotros, los terrestres? ¿Nos declararían la guerra? ¿Arrasarían el planeta con armas fabulosas, de las cuales no teníamos la más remota idea?

Por otra parte, ¿para qué pensar lo peor?

¿No podía tratarse también de lo contrario?

Acaso era una avanzadilla destinada a estudiar las condiciones de vida del planeta, tanto morales corno materiales, de cuyo informe dependería, en tal caso, el posible establecimiento de relaciones de todo género con el astro del cual procedían Cynthia y Merril.

Una cosa había segura: el diseño, en líneas generales, correspondía a una nave que no se parecía en absoluto a ninguna de cuantas se movían en la Tierra, sobre el suelo, bajo el mar, por el aire o a través del espacio. Entonces se me ocurrió otra posibilidad. Pero antes de que tuviera tiempo de desarrollar mis especulaciones en torno a la misma, escuché un ruido extraño en el vestíbulo.

Era la puerta de entrada que acababa de abrirse.

Alguien masculló una sorda imprecación. Otro dijo:

—Cierra el pico, imbécil.

No cabía la menor duda; alguien había entrado la casa subrepticiamente y, a juzgar por lo que oía, no con buenas intenciones.

Caminé a saltos, en completo silencio, hasta la puerta del estudio, y apagué las luces. La pieza quedó sumida en tinieblas.

Una pierna tropezó con una silla.

—¡Vas a despertar a todo el mundo, estúpido! —escuché una voz de tonos agrios.

—La culpa es tuya. ¿Por qué no enciendes la lámpara?

Era curioso, me dije. «Habíamos» inventado un novísimo e infalible sistema de alarma... y no se nos había ocurrido instalarlo en nuestra propia casa. Así habían podido colarse aquellos dos individuos, quienes, de no haberme hallado yo despierto, habrían podido desarrollar con toda impunidad sus poco claras actividades.

La puerta del estudio se abrió y un potente chorro de luz, procedente de una lámpara portátil, penetró en el interior. La mano que sostenía la lámpara se movió, iluminando rápidamente los rincones más inesperados. El haz de rayos luminosos se detuvo unos instantes sobre el caldero que hervía. Luego, una voz dijo:

—Adentro, que no hay nadie.

Los dos intrusos cruzaron el umbral. Estaba agazapado en un rincón, así que no me vieron cuando el segundo de ellos cerró la puerta. Este último llevaba, lo que me pareció una potente cámara fotográfica, dotada de lámpara de magnesio.

—Bueno, al trabajo —dijo uno de ellos.

Los había reconocido desde el primer momento: eran los gorilas de Brabant. Por lo visto, servían tanto de guardaespaldas como de agentes de información, dicho sea esto con un piadoso eufemismo.

El fotógrafo alistó su cámara y se dispuso a tomar vistas de todo cuanto había a su alrededor. Entonces, moví la mano y disipé las tinieblas, al mismo tiempo que decía:

—Deseo ahorrarles unas cuantas lámparas de destello, caballeros. Como me imagino que su cámara cargará una película ultrasensible, con esta luz será más que suficiente.

Los dos gorilas se volvieran en el acto al oír mi voz, sorprendidos por completo cuando se creían solos y en seguridad. Uno de ellos, el de la linterna, echó mano al bolsillo, con ánimo

evidente de sacar un arma de fuego, pero el otro extendió el brazo y cortó su gesto en seco.

—Quieto, Liller —dijo—. El jefe no desea violencias.

—Humanitarios sentimientos los del detestado señor Brabant —comenté en tono sarcástico—. ¿Por favor, les importaría mucho irse de mi casa y permitirme continuar mi trabajo en paz?

Los dos hombres se miraron. El llamado Liller, pese a los consejos de su compañero, acabó por sacar la pistola y me apuntó con el arma.

—Sólo queremos obtener unas fotografías de lo que hay aquí, señor Deys. Estamos dispuestos a conseguirlo de cualquier forma, así que no haga más difícil nuestra labor.

Avancé hacia ellos con la sonrisa en los labios. Claro que así disimulaba el pánico que me causaba la vista de aquel pistolón, pero tenía que darles la impresión de que no me asustaban, por más truculenta que fuese su actitud.

—Y yo estoy dispuesto a echarles de aquí, también de cualquier forma —dije—. Así que si no se van por las buenas, tendré que sacarles en el cubo de la basura.

Estaba ya a dos pasos de ellos. Liller se me acercó y apoyó la pistola en el pecho.

—Por favor, señor Deys —suplicó con dura cortesía.

—¿Dispararía contra mí si persistiese en mi actitud? —pregunté.

Estaba claro que el tipo se sentía muy incómodo. Vi, por la expresión de su rostro, que no quería disparar, sino sólo intimidarme. Brabant podía tener fama de tiburón con los negocios y los escrúpulos que sentía cuando de conseguir algo se trataba hubieran cabido en un dedal, pero, de momento, no se atrevía a llegar hasta el asesinato.

Me eché a reír.

—¿Lo ven? —dije—. Vamos, vamos, sean buenos chicos y váyanse. Yo llamaré ahora al señor Brabant y les excusaré en su nombre...

Liller soltó una enérgica interjección. Estaba mirándole a la cara y vi que sus ojos chispeaban de repente. Su brazo derecho se movió velozmente. No dispararía contra mí, pero sí trataría de inutilizarme por otros medios, eficaces aunque no definitivos. Como adiviné sus intenciones, levanté la rodilla y leaticé un golpe en el bajo vientre

que lo derribó de espaldas, aullando como un poseído. Había sido un golpe canalla, pero eso no me importaba demasiado en tales momentos.

El otro gorila se arrojó contra mí, después de haber soltado la correa con la que sostenía la bolsa de la cámara y demás adminículos. Los tiempos en que yo era un regular atleta en la Universidad estaban ya, ¡ay!, notablemente lejanos, por lo que lo único que conseguí fue echar la cabeza a un lado, pero no evitar el terrible puñetazo en el hombro izquierdo que me hizo dar dos vueltas sobre mí mismo y, luego, caer de bruces al suelo.

Giré con rapidez y quedé boca arriba, en el momento en que el gorila se echaba sobre mí, con ánimo de aplastarme con su peso. Encogí las piernas y luego las disparé hacia arriba, alcanzándole en el pecho. El tipo saltó a un lado, aullando de dolor.

Me puse en pie de un salto, al mismo tiempo que él. No había duda de que era un buen encajador, pero, por el momento, le había ganado la acción. Finté con la izquierda y bajó los brazos. Entonces moví la mano derecha en semicírculo horizontal y le golpeé con el filo bajo la oreja. El tipo boqueó agónicamente, volteó los ojos y empezó a dar pasos a derecha e izquierda a la vez que se agarraba el cuello con ambas manos.

Libre su estómago, se lo castigué con dureza: uno, dos... uno, dos... El gorila flojeó de repente y cayó al suelo con los pies por alto.

En aquel momento me explotó una bomba en la nuca. Fue una fracción de segundo solamente; lo justo para comprender que es mal estratega el que combate sin cubrirse la retaguardia.

El mundo estalló en luces muy brillantes delante de mis ojos. Luego, todo se hizo oscuro, muy oscuro y silencioso.

* * *

Desperté más tarde, sintiendo un terrible dolor en la nuca, lo cual no me impidió notar que tenía la mejilla apoyada en algo cálido y blando. Me agité un poco y entonces escuchó la melodiosa voz de Cynthia junto al oído.

—No te muevas, Allen —aconsejó en tono dulce y persuasivo.

Estaba arrodillada en el suelo y me sostenía los hombros con los brazos. Mi cabeza estaba reclinada sobre su pecho, del que notaba el suave movimiento de vaivén de una respiración tranquila y

sosegada.

—Tranquilízate, Allen —volvió a hablar la chica. De pronto, su mano apareció ante mis ojos, sosteniendo un vaso que contenía líquido—. Bebe un poco; esto te calmará el dolor.

Obedecí. Ella dejó el vaso vacío a un lado.

—¿Cómo te sientes? —preguntó. De buen humor, añadió—: No digas que estás en la gloria, porque me enfadaré.

—Me gusta decir siempre la verdad, querida —sonreí, haciendo una mueca—. Aparte de eso, tengo la cabeza como si me la hubieran llenado de guijarros y estuvieran sacudiendo sin descanso. ¿Oíste el ruido?

—¿Qué ruido? —preguntó ella.

Hice un esfuerzo y conseguí sentarme, al mismo tiempo que me apartaba de Cynthia. Vagamente, advertí que el dolor de la nuca desaparecía con gran rapidez.

—El que hicimos cuando nos peleamos —contesté. Y de repente vi que era ya de día claro—. ¡Demonios, he dormido un buen rato!

—Estabas tendido en el suelo cuando entré —confesó ella—. Me imaginé que alguien te golpeó, pero no he oído ningún ruido en absoluto. ¿Te importaría contarme lo que ha ocurrido?

—Si me das una mano, creo que podré ponerme en pie —dije.

Ella lo hizo así. Era una chica fuerte y robusta, pese a la delicadeza de sus formas. Entonces, al levantarme, quedamos muy juntos y no me pude contener.

Pasé los brazos alrededor de su cintura y de pronto la atraje hacia mí, hasta que su cuerpo y el mío quedaron en estrecho contacto. Cynthia, sin mostrar temor ni repulsión, me miró fijamente.

—No lo hagas, Allen —dijo en tono suave, adivinando mis intenciones.

—Te quiero, Cynthia.

—No estás seguro, Allen. —Sin pizca alguna de orgullo, agregó —: Soy hermosa, lo sé, pero eso no es suficiente. De momento, la atracción que ejerzo sobre ti es puramente derivada de mi belleza.

—¡Y de tus magníficas cualidades morales! —exclamé.

—¿Cómo puedes asegurarlo, si todavía no has tenido ocasión de comprobarlo?

—Eso no importa. El amor es algo que se siente y no le

preguntes al corazón las razones, Cynthia.

—Cierto, pero muchas veces, esos sentimientos se agotan enseguida y entonces se producen las catástrofes sentimentales… de una de las cuales no quisiera yo ser la protagonista.

—Estás especulando con algo que no se ha producido siquiera, porque todavía no me has dicho si me quieres o no. —Acentué aún más la presión de mis brazos sobre su flexible talle—. Vamos, Cynthia, dame una respuesta ahora mismo. ¿Quieres ser mi mujer, sí o no?

Ella me contempló en silencio durante algunos instantes, mientras su busto palpitaba con fuerza.

—Preferiría discutir esta cuestión más adelante, Allen —contestó en forma evasiva.

—¿Cuando? Que yo sepa, no tienes ningún compromiso…

—Tengo uno. Contigo, precisamente.

—¿Construir el robot?

Asintió con la cabeza.

—Eso puede esperar —dije.

Sus manos agarraron mis brazos y se soltó de mí, con suave firmeza.

—Hablemos mejor de lo que ha ocurrido esta noche, Allen —rogó. Era evidente que trataba de esquivar la cuestión.

Y yo sabía las causas.

Estuve a punto de decírselo; pero un oscuro instinto me hizo callar por el momento.

—De acuerdo —dije, procurando mostrarme impasible.

Y le conté todo lo que había sucedido, ocultando, claro está, que había bajado al estudio a tiro hecho. Como pretexto, le dije que tenía ganas de tomar un vaso de leche. Si lo creyó o no, me era indiferente en aquellos instantes.

Ella se quedó pensativa.

—Así que fueron los hombres de Brabant —murmuró.

—Sí. Por cierto, vi un caldero con una sustancia que hervía en su interior. ¿Para qué sirve esa pasta?

—Estamos probando una nueva fórmula —contestó—. Si quieres que tu robot tenga aspecto humano, hemos de recubrirlo con un plástico flexible y duradero, resistente a los agentes externos, tanto como la epidermis y del mismo color que ésta.

—Comprendo. Imagino que la fórmula ha debido brotar de la privilegiada mente de Merril.

—Así es —reconoció ella sin empacho alguno.

—También vi otra cosa —dije—. Era...

Volví los ojos hacia el tablero de dibujo mientras hablaba. Me interrumpí de un modo brusco.

Los planos del platillo volante habían desaparecido.

—¿Qué era, Allen? —preguntó Cynthia.

Apreté los labios.

—Nada —contesté con sequedad.

CAPÍTULO VIII

E

l despacho de Hugo Brabant era de un lujo desaforado, pero tan hábilmente decorado, que apenas si se notaba.

Dos lados de la estancia, de grandes dimensiones, eran de vidrio polarizable, esto es, que se podía hacer transparente o no a voluntad. La mesa era un tablero de mármol gris claro, grande como una pista de aterrizaje, y los muebles, de un ultra-futurismo delirante, de la mejor calidad.

El hombre que había tras la mesa también era de una magnífica calidad, aunque orientada hacia lo malo. Una débil sonrisa florecía en sus labios cuando crucé el umbral de la puerta.

De ordinario, costaba un trabajo enorme entrevistarse con Brabant, y era lógico, dado el puesto que ocupaba en sus empresas. Pero a mí me había bastado con enseñar mi tarjeta de visita para ser introducido en el acto en su *sancta sanctórum*.

Se puso en pie y extendió hacia mí una mano, que yo ignoré olímpicamente.

—Gracias —dije en tono seco—, pero no he venido aquí para una visita de cortesía, Brabant.

El sujeto se desconcertó un instante. Sólo un instante; era hombre que sabía rehacerse enseguida.

—Está bien —dijo, sin perder la sonrisa—. Siéntese, Deys. ¿De qué se trata?

—Usted, mejor que nadie, debiera saberlo —repliqué en tono duro—. ¿Dónde están los planos que sus hombres se llevaron anoche de mi casa, después de golpearme a traición?

Brabant meditó unos segundos. Su rostro se había puesto serio de repente.

—Me creerá o no —dijo—, pero mis hombres no se llevaron anoche ningún plano de su casa, Deys.

—No me tome por tonto —rezongué—. Cuando me levanté, esta mañana, el plano había desaparecido.

—Le repito que mis hombres no se llevaron ningún plano. Admito que se portaron desconsideradamente con usted y estoy dispuesto a darle una satisfacción de la forma que elija. Pero sigo insistiendo en mis manifestaciones.

—Entonces, ¿qué diablos hicieron? ¿Una visita de cortesía?

—Reconozco que no, pero… —Vaciló un segundo y luego dijo—: ¿Me permite que le haga una proposición?

—No veo el modo de evitarlo —respondí—. Pero ya conoce mi respuesta de antemano, Brabant, así que no se moleste.

—Espere. Todavía no he terminado. Le contrato a usted, con su pequeño equipo, para mis empresas. Doblaré el sueldo inicial y los porcentajes de los beneficios de las patentes. Además, le concedo la ventaja de que sólo serán mías durante los diez primeros años; al término de ese plazo, revertirán por entero a su favor. —Con grandes prisas, temiendo ser interrumpido, añadió—: Nadie sería capaz de hacerle una propuesta semejante, Deys, y usted lo sabe bien.

La simpatía y la antipatía son, en la inmensa mayoría de las ocasiones, producto de sentimientos nacidos de un instinto o de una circunstancia cualquiera, que luego otras no son capaces de modificar. Y Brabant me había sido antipático desde un principio.

—No —contesté—. No trabajaría para usted ni por todo el oro del mundo. Y ya ha visto que sus lúgubres predicciones no se cumplieron; no he tenido necesidad de apostarme en una esquina, con un sombrero viejo en la mano.

—Es cierto —admitió Brabant—. Nunca se me hubiera ocurrido a mí la posibilidad de inventar algunas cosas sencillas en apariencia, pero extremadamente útiles y de gran aceptación, con el fin de vender las patentes. Su batería de carga ultrarrápida y el

sistema de alarma por las huellas digitales son dos pequeñas obras maestras del ingenio humano… de su ingenio, Deys, y del de sus dos grandes colaboradores. Realmente, fue un maravilloso ardid para obtener dinero, aunque bien podía haberme cedido la explotación de alguna de esas patentes. Siempre que lo desee —añadió—, le pagaré el doble por las patentes que cualquiera de mis competidores.

—Aunque reuniese en sus manos todo el dinero de la Tierra, no aceptaría ningún trato con usted, Brabant —insistí.

—Es una lástima, una verdadera lástima —dijo el tipo.

—No pretenderá amenazarme de nuevo, ¿verdad?

—Estoy tratando de entenderme con usted.

—Pues ya sabe que es perder el tiempo. Y no desviemos la cuestión; he venido aquí por los planos y no me iré sin ellos. Una vez —añadí en tono duro—, me sorprendió usted, pero si cree que no soy capaz de devolverle la pelota, pruébelo.

Brabant me miró fijamente durante unos segundos.

—Deys, usted sabe bien que mis hombres llevaban una cámara fotográfica.

—Desde luego. Pero vi que se cayó al suelo. Quizá se estropeó, y por eso se llevaron los planos.

—No. Tenían orden estricta de fotografiar todo, sin llevarse ni uno solo de los papeles de la papelera. Los planos también fueron fotografiados.

—Entonces, supongo que será inútil pedirle que me entregue los negativos.

Brabant sonrió sibilinamente. Abrió un cajón, metió la mano y sacó un objeto que me arrojó al aire. Lo atrapé en pleno vuelo y le miré, desconcertado.

—Los negativos —anunció—. Suyos son, Deys. —Hizo una pausa para aumentar el énfasis de sus palabras y dijo—: Están velados.

No soy experto en psicología, pero vi algo en su mirada que me dijo que no mentía.

—Velados —repetí.

—Así es. Usted ya sabe lo que sucede con las placas fotográficas cuando se exponen a la acción de los rayos X o de otras radiaciones semejantes, que muy bien pueden ser emitidas por las sales de uranio, por ejemplo. Eso es lo que les sucedió a mis muchachos.

Me puse en pie despacio.

—Así que, de todas formas, su incursión resultó inútil.

Brabant volvió a sonreír.

—No del todo, mi querido amigo —contestó—. Mis gorilas no se distinguen precisamente por su alto cociente de inteligencia, es cierto, pero no son tan tontos que no adivinasen lo que significaban los planos que había sobre su tablero de dibujo. Mencionaron un nombre vulgarísimo, pero de enorme significado. ¿Se lo repito?

—Gracias —contesté secamente, poniéndome en pie. Tenía la cabeza hecha un torbellino y quería ordenar mis ideas a solas—. De todas formas, le ruego que no repita la incursión. Me procuraré un arma y otra vez no seré tan considerado con sus gorilas.

Brabant sonrió.

—No volveré a enviarle más emisarios —prometió—. Pero déjeme que le diga que estoy dispuesto a pagarle una fortuna por esos planos y por desarrollar el invento en mi favor, Deys; y esto no es ninguna broma.

No, no y cien mil veces no, Brabant —contestó firmemente.

El rostro del tipo se contrajo.

—De todas formas, los tendré. Le guste o no, usted y su equipo trabajarán para mí, Deys.

—No lo conseguirá.

—¿Ha oído hablar del cartucho de reserva, del as en la manga y expresiones similares?

Abandoné la estancia sin querer oír más, sumamente preocupado por el giro que había tomado la conversación y las cosas que había descubierto. Apenas había cerrado la puerta, tropecé con una persona a la cual hacía muchos meses que no veía.

—¡Allen! —exclamó Diana Van Schuys, apartándose a un lado para no ser atropellada.

Me detuve un instante y la miré. Estaba hermosísima, no cabía la menor duda, pero todo cuanto había sentido hacia ella se había disipado hacía ya tiempo. Ni siquiera me conmoví; mi cariño hacia Diana estaba muerto y bien muerto.

—Hola —contesté en tono frío.

—Allen, ¿es eso todo lo que se te ocurre decirme al cabo de tanto tiempo? —se quejó.

Señalé con el pulgar a mis espaldas.

—Adentro tienes quien, seguramente, te dirá mejores y más dulces cosas —respondí.

—Allen, si tú quisieras, todavía... —Se mordió los labios irresoluta y, de pronto, con acento desanimado, dijo—: No, ya veo que no.

—Celebro que pienses de ese modo —manifesté—. Adiós, Diana.

Eché a andar, pensando que había salido de mi vida, para siempre. Me equivocaba, pero esto no debía saberlo hasta más adelante.

* * *

Mi casa estaba en las afueras de la ciudad, y se hallaba rodeada por un frondoso jardín de unas cuatro hectáreas de extensión. Realmente, más que jardín era un pequeño parque, que ahora, sin embargo, aparecía muy descuidado, ya que en los últimos tiempos yo había abandonado mi afición a la jardinería. Los acontecimientos, por otra parte, me habían hecho olvidar el haber pedido un jardinero, pero esto no tiene gran influencia en el relato.

¿O sí?

El caso es que la mayor parte del resto del día me la pasé pensando en la conversación sostenida con Brabant y en rollo de fotografías que se habían velado misteriosamente.

Brabant sabía una cosa: «estábamos» -lo del plural es una simple metáfora- trabajando en un platillo volante. Si ya tenía noticias de «mis» inventos, la existencia de aquellos planos, que no pudieron ser fotografiados, habían excitado su curiosidad al máximo. Y el deseo de conseguir la patente, por supuesto.

Pero los planos no habían salido de casa. Podía creerse a Brabant en este sentido. Pero ello significaba que Cynthia los había escondido antes de despertarme.

Podía suponerse, lógicamente, que no quería que siguiese examinándolos. Esto explicaría parcialmente su oscuro modo de actuar.

¿Quiénes eran? ¿De qué misterioso mundo habían venido? ¿Cómo habían llegado? ¿Por qué seguían en la Tierra y no regresaban?

Las preguntas se me atropellaban de continuo en la mente. Me daba cuenta de que, insuperablemente listos, habían construido y colocado, en algún lugar del estudio, un aparato productor de

radiaciones no nocivas, con el fin de velar toda posible fotografía indiscreta, como así había sucedido. Pero, ¿por qué no habían sido más explícitos conmigo?

Volví de nuevo mi atención a los planos de la nave en forma de disco volador. Esto me sugirió una hipótesis.

Si no eran terrestres, resultaba obvio que habían llegado al planeta de alguna manera; andando, no, por supuesto. ¿Se había estropeado su nave hasta el punto de que debían construir otra para el regreso a su ignoto mundo?

El pensamiento de que Cynthia debía abandonarme, se me hizo de pronto insoportable. Ahora comprendía por qué se mostraba tan reticente cuando le hablaba de acentuar nuestras relaciones.

¿Existía algún impedimento que no permitía nuestra unión?

¿Qué clase de impedimento? Físico, no parecía posible; la constitución de Cynthia era totalmente humana, cuando menos en su aspecto exterior y, según podía juzgar, también en el interno.

Quizá se trataba de obstáculos digamos políticos. O raciales o...

Me di cuenta de que era ya de noche. Tenía la cabeza aturdida y casi dolorida y no sólo por el golpe recibido la víspera.

Me dirigí hacia la casa, con ánimo de tomarme un par de aspirinas. Cuando entraba en el vestíbulo, vi a Cynthia que se disponía a salir.

El hecho era sorprendente en sí, pero me causó aún más sorpresa la indumentaria que cubría su espléndida anatomía: un vestido de noche, largo, de tejido de plata, que se ajustaba muy bien a las firmes curvas de su cuerpo y dejaba al descubierto unos hombros espléndidos. El cabello le había crecido en aquellos meses y ahora lo llevaba peinado artísticamente y recogido en la parte superior por una especie de diadema muy delgada de brillantes. En la mano sujetaba un bolso del mismo tejido que el del vestido, y un valioso medallón, con un dibujo tan bonito como incomprensible, descansaba sobre su pecho. Nada más, pero lo suficiente para hacerla aparecer hermosa y arrebatadora.

Me quedé boquiabierto, la verdad. Habituado a verla con la sencilla blusa y los pantaloncitos cortos, había llegado a olvidarme que también podía vestir de otro modo.

—¿Adónde vas? —pregunté, cuando, al fin, recobré el habla.

Ella sonrió de un modo hechicero. Se había dado cuenta de mi

admiración y le halagaba.

—Unos amigos me han invitado a cenar —dijo—. Si no tienes inconveniente, tomaré tu coche.

—No, claro que no. —Iba a preguntarle por qué no me había permitido invitarla a mí en anteriores ocasiones, pero hallé pronto la respuesta: nunca se me había ocurrido proponérselo. Ni siquiera había pensado que pudiese tener otros amigos que Merril y yo. Hice un esfuerzo y deseé—: Que te diviertas, Cynthia.

—Gracias, Allen. Hasta mañana.

CAPÍTULO IX

C

uando entré en el estudio, Merril había despertado de su letargo. Sonrió contento al verme y gritó:

—Ya puede ir preparando otro viaje a la oficina de Patentes, señor Deys.

—¿Qué es lo que ha inventado ahora? —pregunté.

—Una lámpara eterna, que no consumirá luz. Tendrá una micropila solar adosada y bastará exponerla un minuto al sol cada semana, más o menos, para proporcionar la luz que se desee. Además, será graduable a voluntad desde el interruptor y...

Sí, era un magnífico invento, pero yo, en aquellos momentos, me sentía por completo desanimado. Murmuré unas palabras de elogio y me fui a dormir sin cenar siquiera. Esta vez, ni aun el influjo benéfico de la presencia de Merril hizo que pudiera conciliar el sueño; tuve que recurrir a una píldora sedante para conseguir dormirme.

De momento, las cosas siguieron tal como estaban. Yo trataba de espiar a la pareja, pero no conseguía averiguar nada. Merril estaba trabajando activamente en su lámpara solar, que iba a rendirnos grandes beneficios, anunció. Ya no me atrevía a preguntarle siquiera por el robot; tenía la sensación de haber caído en garras de dos personas que me estaban utilizando para sus fines particulares, en apariencia buenos, pero perversos en el fondo. Mi pesimismo aumentaba de día en día, ésta es la verdad.

Una semana más tarde, Cynthia anunció que salía a cenar de nuevo con sus amigos. En esta ocasión había cambiado de vestido y llevaba uno rojo vivo, de fuego, de líneas aún más audaces que el anterior. Se pavoneó delante de mí, me puso los dientes largos y se marchó enseguida.

La siguiente salida de Cynthia tuvo lugar tres días después. De nuevo usaba un vestido distinto... tenía dinero, claro está, puesto que yo había compartido con ellos los beneficios de «mis» patentes. Y no se mostraba tacaña ni remisa en utilizarlo.

Transcurrieron cuatro días. Cynthia volvió a salir. Ahora ya no me quedaba la menor duda de que no eran amigos, sino «un» amigo. Empecé a sentir la mordedura de los celos, pero, por temor al ridículo, procuré contenerme, cosa que no conseguí sin esfuerzo.

Una semana después, por casualidad, la oí hablar por el visófono. Reía alegremente, y su risa sonaba fresca y cristalina. Sólo escuché sus últimas frases:

—De acuerdo; esta noche, a las siete y media, en el «Sandy's». —Rió de nuevo—. Eres un bromista incorregible... Bueno, ya hablaremos de eso con más tranquilidad; el visófono no es para tratar de ciertos asuntos con intimidad, ¿no te parece?

Cortó la comunicación y entonces entró en el estudio, sonriente, como si no hubiese oído nada. Cuando me pidió el coche, le dije que sí.

A las siete y cuarto estaba en el «Sandy's», sentado a una mesa colocada en un rincón discreto, desde el cual podía abarcar no sólo la entrada, sino buena parte del salón, uno de los más exclusivos de la ciudad, donde yo creo que cobraban hasta el oxígeno que se consumía en la respiración. Puesto que el ambiente estaba climatizado, la afirmación no es tan exagerada como pueda parecer a primera vista.

A las siete y media en punto entró Cynthia, deslumbrante de hermosura, seguida de su acompañante. No sé por qué, aunque sentí que mis celos aumentaban hasta un límite inconcebible, no sentí demasiada extrañeza al ver a Hugo Brabant a su lado, desplegando todas sus artes de seducción masculina, en las que, buena experiencia tenía yo de ello por parte de Diana, era un maestro.

La pareja se situó en una mesa distante de la mía, medio ocultos

por unas palmeras venusianas artificiales -las naturales eran muy decorativas, pero no podían sobrevivir fuera de su ambiente natural. Vi que Cynthia reía y se divertía muchísimo con el tipo, y puesto que ya sabía todo lo que tenía que saber, decidí que lo mejor era abonar la cuenta y marcharme. En aquellos momentos, aún no me había formado un plan de acción para el futuro, ni siquiera sabía qué le diría a ella cuando volviese a casa. ¿Acaso tenía derecho a inmiscuirme en su vida privada?

De pronto, una mano se apoyó en mi antebrazo. Antes de que pudiera moverme, Diana Van Schuys se sentó a mi lado, muy agitada.

—Hola, Allen —saludó con voz ronca.

Vestía con suma elegancia, pero era evidente que no había puesto en su tocado la atención de otras veces. Su pecho, menudo y firme, subía y bajaba rápidamente, y sus ojos brillaban con una expresión de furia y despecho a la vez.

—Hola, Diana —contesté—. ¿Un cigarrillo?

Mi ex prometida lo aceptó. Dio dos o tres nerviosas chupadas al pitillo y luego me señaló a la pareja con un gesto de la barbilla.

—¿Has visto, Allen?

—Sí. Ella es una chica muy hermosa.

—Y él, un granuja y un canalla. —Diana mordía las palabras al hablar.

—Bueno, no sé por qué te enojas tanto —comenté en tono casual —. A fin de cuentas, tú me hiciste algo parecido. El que a hierro mata...

—Déjate de refranes, estúpido —me apostrofó—. No sé cómo puedes mantenerte tan impasible y tan tranquilo, Allen.

—¿Y por qué no había de estarlo? Lo que haga o deje de hacer Brabant en sus horas libres, no es asunto mío, querida —repliqué.

Diana me miró a través de sus espesas pestañas.

—¿Sí, eh? Yo creía que te ibas a casar con esa rubia de pecho vacuno y caderas de yegua normanda, Allen.

La diferencia de tipos y estatura la hacía hablar de aquella forma tan despechada. Pasé por alto la observación en gracia al descubrimiento que acababa de hacer.

—No sabía que te dedicases a espiar mi vida particular —manifesté, tratando de conservar la calma.

—No lo hubiera hecho, por supuesto —confesó ella—. Pero he notado en Hugo cierta tendencia a apartarse de mí en los últimos tiempos.

—Viendo a su acompañante, se comprende. ¿Qué más?

—Como es natural, no estoy dispuesta a pasar por una segunda patada en el día de mi compromiso —dijo Diana con frase sumamente gráfica—. Le guste o no, Hugo se casará conmigo. Hice que investigaran sus últimos movimientos y la agencia de información me dijo que salía con una rubia que estaba empleada contigo.

—Eso es cierto, pero no que fuéramos a casarnos, Diana.

—Lo he deducido yo. ¿Y si no, por qué estás aquí, espiándolos?

Despacio, saqué del bolsillo unos billetes y los deposité sobre la mesa.

—Diana, nuestros respectivos caminos se separaron hace ya mucho tiempo —manifesté en tono helado—. Que yo me vaya a casar o no con la rubia, que la persiga o no, que sienta o no celos de ese engomado tiburón de los negocios, es cosa que a mí solamente atañe. ¿Está claro?

Me puse en pie y, antes de que pudiera contestarme, abandoné el «Sandy's».

* * *

Cuando regresó Cynthia, al filo de las tres de la madrugada, yo estaba esperándola, sentado en uno de los divanes del vestíbulo.

El rostro de la joven aparecía arrebolado y su expresión no podía ser más satisfactoria. Colgada del cuello, traía una valiosa capa de armiño, que se quitó enseguida, apenas entró en la casa.

—Hola, Allen —saludó muy alegre y sonriente—. ¿Cómo estás?

Me incorporé.

—Entra en el estudio, te lo ruego.

Cynthia me miró un instante, extrañada. Luego accedió con un:

—Está bien, Allen. —Su tono se había vuelto serio de repente.

Entramos en el estudio. Merril estaba trabajando activamente sobre el tablero de dibujo y se volvió al vernos aparecer.

—¿Que tal, señor Deys? Mire, aquí está...

El hombrecillo se interrumpió de pronto al ver la expresión de mi cara, que no tenía nada de amable. El temor se apoderó de su ánimo y se reflejó en sus facciones, de una forma análoga a como le

había visto la noche en que Cynthia parecía reprenderle.

Cerré la puerta con cuidado y moví la mano izquierda.

—Ponte al lado de Merril —ordené.

Ella obedeció en silencio. Su expresión no era de temor, sino más bien de curiosidad e incluso de desagrado.

Yo quedé frente a los dos. Puse los brazos a la espalda y entrelacé los dedos.

—Cynthia, ¿de qué hablabas esta noche, y las pasadas, con Hugo Brabant?

—Conque era eso —murmuró en tono burlón—. Bien, creo que una chica joven y guapa tiene derecho a divertirse de vez en cuando.

—No me preocupa que te diviertas, cosa lógica por otra parte, sino con la persona te diviertes —manifesté.

—Hugo es tan bueno como otro cualquiera para pasar una agradable velada —respondió ella.

—Pero, bueno —dijo el hombrecillo—, ¿puede saberse a qué viene todo eso?

—Allen tiene celos —sonrió ella.

—¡Y un cuerno! —barboté, enojado—. Ahora no se trata de celos, sino de que los gorilas de Hugo intentaron fotografiar los planos la noche en que estuvieron aquí. Pero no pudieron, porque alguien, uno de ustedes dos, había instalado un emisor de radiaciones que veló los clichés.

—Eso lo hice yo, para evitar semejantes desaguisados—confesó Merril—. Puede estar tranquilo, señor Deys; instalé también un neutralizador de las radiaciones, a fin de evitar efectos perniciosos en el organismo humano y, por otra parte, el aparato sólo funciona cuando el estudio está vacío por la noche; es decir, cuando se corre peligro de que puedan hacerse fotografías a escondidas.

—Muy bien —dije—. Estupendo. Me parece magnífico. Pero ahora resulta que Hugo conoce su próximo invento y quiere comprar la patente a toda costa. Ha dicho que lo obtendrá a cualquier precio... y ese hombre es capaz de cumplir su palabra.

—¿A qué invento se refiere usted, señor Deys? —preguntó Merril tímidamente.

—No se haga de nuevas —rezongué—. Me refiero al proyecto de astronave que está elaborando durante sus letargos y cuyos planos

vi yo mismo la noche en que los gorilas de Hugo asaltaron el cuarto de trabajo.

Hubo un momento de silencio. Merril restregó los pies contra el suelo, sumamente nervioso. De pronto, antes de que pudiera hablar ninguno de los dos, pregunté:

—¿De qué remoto planeta han venido ustedes?

CAPÍTULO X

E

l silencio pareció espesarse. Cynthia y Merril intercambiaron una rápida mirada. Luego, ella quiso hablar, pero yo me anticipé.

—Es inútil que lo nieguen —dije—. No poseo pruebas de lo que digo, al menos, pruebas que puedan convencer a un tercero, pero es la verdad. Si la cosa se hiciera pública, causaría una verdadera conmoción, aunque soy el primer interesado en mantener este asunto dentro de los límites de una recomendable discreción. Ahora bien, por muy listos que sean ustedes, y no me cabe la menor duda de que lo son, deben contar siempre con nuestra inteligencia, me refiero a la de los terrestres. Con ello no trato de alabarme; tan sólo quiero ponerles en guardia contra los peligros de un coqueteo con un tiburón como Hugo. Y no me refiero sólo al coqueteo en el terreno amoroso, sino en los otros: creen que van a engañarle, pero es un sujeto muy astuto. Como persistan en su actitud, se llevarán un chasco muy amargo antes de que sea tiempo para remediarlo. —Miré a la chica—: ¿Qué me dices tú, Cynthia?

Ella se mordió los labios. Volvió a mirar al hombrecillo y al fin se enfrentó conmigo.

—Nos gustaría que tuvieses un poco de paciencia, Allen —suplicó.

—¿Paciencia? Hace ya lo menos seis meses que están aquí los dos... Les contraté para construir... para ayudarme a construir un robot. No niego que me han ayudado muchísimo y que, gracias a los dos, pero sobre todo a Merril, disfruto ahora de una espléndida independencia económica, pero eso no es todo. Aunque acepto como buenos los inventos que realizaron, mis propósitos no han

variado en absoluto: continúo queriendo construir el robot.

—Allen, de nuevo te suplico un poco de paciencia —repitió Cynthia.

—Son seis meses —repetí, obstinado—. Por el momento, dejaré a un lado la cuestión de su origen, pese a que presenta matices muy atractivos para mí. Pero exijo que me den una explicación acerca de mi robot... a menos que se estén aprovechando de mí, en beneficio de Hugo.

—¡Eso no!

Cynthia dio un paso hacia delante, con gesto lleno de vehemencia.

—Te ruego nos creas, Allen —suplicó—. Sólo te pedimos un poco de tiempo... un par de semanas, quizá menos. Entonces, te daremos todas las explicaciones que ahora no estamos en condiciones de facilitarte.

La miré en silencio durante un par de segundos. De pronto me acordé de las noches que había salido con Brabant y sentí en el corazón una fuerte y dolorosa punzada.

—No concederé un plazo mayor de veinticuatro horas —manifesté—. Si mañana —consulté el reloj—. Si mañana, a la hora del desayuno, no he tenido todas las explicaciones que deseo, cancelaré sus contratos y pediré a ambos que abandonen mi casa.

Giré sobre mis talones y me dirigí hacia la puerta. Al llegar a ella, me volví en redondo.

—Ahora son las cuatro de la mañana. Les quedan, por tanto, veintiocho horas para adoptar una decisión.

—Allen —dijo Cynthia.

—¿Qué quieres?

—Tu... ultimátum, ¿está dictado por el despecho de haberme visto con Hugo?

—Hay muchas cosas que han influido en ello —respondí—. Y no es la menor el haberme dado cuenta que, lenta e insidiosamente, aquí ya no pinto nada, que soy poco menos que un cero a la izquierda... y que estáis preparándolo todo para el día menos pensado, construiros una astronave y marcharos de aquí, sin haberme concedido lo que tanto deseaba... el motivo por el cual les contraté a ambos.

—El robot.

—Justamente. Se diría que es algo prohibido por las leyes de vuestro planeta... porque me imagino que habrá leyes en vuestro mundo, puesto que hay civilización. Tal vez esas leyes os prohíban comunicar a extraños algunos de vuestros secretos científicos, entre ellos el de la construcción de un robot de tipo humanoide.

—No es eso, Allen. Yo... Nosotros...

—Basta —corté en tono seco—. Mañana, a la hora del desayuno. Adiós.

Y me marché.

Cerré lentamente la puerta, no sin escuchar una ráfaga de palabras pronunciadas en aquel enrevesado idioma extraterrestre.

Poco más tarde, dormía como un lirón, bastante satisfecho con el ultimátum que había presentado a la pareja. No sé por qué, me parecía que Cynthia acabaría por rendirse.

Dormí hasta cerca del mediodía. El resto de la jornada transcurrió con tranquilidad, sin que ninguno de los tres mencionáramos la borrascosa conversación de la madrugada precedente. Me acosté a la hora de costumbre.

Desperté al día siguiente alrededor de las nueve de la mañana. Al levantarme, sentí un ligero mareo, una especie de vahído, que se me pasó rápidamente. En aquellos momentos no presté gran atención al incidente, pero noté una cosa extraña: mis piernas estaban un poco flojas.

Fui al baño y llevé a cabo mi aseo personal, como de costumbre. Cuando terminé, sentía un apetito devorador, extraño, desacostumbrado.

Salí al pasillo y me encontré con Cynthia.

—¿Está el desayuno? —pregunté, en tono normal—. Tengo un hambre de lobo.

Ella emitió una leve sonrisa.

—Dentro de diez minutos, Allen.

—Gracias. —De repente, me di cuenta de que salía de la habitación del hombrecillo y fruncí el ceño—. No me digas que Merril ha caído en otro de sus letargos.

—Así es —contestó Cynthia, hablando despacio.

—Eso no me gusta —refunfuñé—. Cualquiera diría que lo ha hecho a propósito.

—¿A propósito? —repitió.

La miré de soslayo.

—Sí. ¿Por qué te extrañas? ¿Es que ya no te acuerdas de lo que os dije ayer, a las cuatro de la madrugada?

—A las cuatro de la madrugada.

—Deja ya de repetir mis palabras como si fueras un disco rayado —rezongué—. Bueno, si ese renacuajo está dormido, hablaremos tú y yo después del desayuno, pero prepáralo pronto o me desmayaré de hambre. Vamos, acelera.

—Sí, sí —contestó Cynthia.

Y echó a andar hacia la escalera. Pero no parecía tener gran prisa; al contrario, yo diría que su paso era más lento que de costumbre. Sin embargo, y a fin de no lastimarla, me abstuve de hacerle más reproches.

Descendí al piso bajo y, para distraerme mientras me hacía el desayuno, fui al buzón y recogí la correspondencia. Mientras regresaba a través del jardín, hojeé las cartas

Una de ellas era de un antiguo condiscípulo de la Universidad. Me invitaba a reunirme con todos los graduados de la misma promoción, en la fiesta del décimo aniversario, que se celebraría dentro de una semana exactamente, el nueve de mayo próximo. El resto eran folletos de propaganda... y facturas.

Fruncí el ceño. ¿Por qué diablos enviaban las facturas, cosa que mis proveedores solían hacer invariablemente a primeros de mes, si todavía estábamos a finales de abril... es decir, aún faltaban ocho días para que acabase el mes?

Me pasé la mano por la cara. ¿Estaba en marzo o estaba en abril?

—Estamos a fin de marzo —dije en voz alta, para tranquilizarme a mí mismo.

Lo recordaba muy bien; Merril y Cynthia habían llegado a mi casa hacia el veinte de septiembre del año anterior y, por tanto, llevaban conmigo seis meses. Pero, de repente, me encontraba con una invitación para el nueve de mayo próximo y un puñado de facturas, correspondientes al mes de abril, en lugar de al mes de marzo, como debiera haber sido, de acuerdo con mis cálculos de tiempo.

Bastante preocupado, abrigando en mi mente una horrible sospecha, entré en el cuarto de trabajo, agarré un calendario y me

senté en mi mesa de despacho. La voz de Cynthia, cantando alegremente, llegaba con toda claridad desde la cocina, a la vez que el aroma del café y los huevos fritos.

Empecé a realizar diversos cálculos. ¿Cómo era posible que estuviésemos en finales de abril, cuando, según mis cuentas, debíamos hallarnos a finales del mes anterior, es decir de marzo?

Esto podía tener una explicación: hacía meses que no miraba el calendario más que de una manera superficial, sin darme cuenta apenas de la época en que me bailaba, para la fecha únicamente, pero sin fijarme si el día veinte, por ejemplo, correspondía a tal o cual mes.

Ahora bien, si la pareja llevaba seis meses conmigo y habían llegado a finales de septiembre, con el buen tiempo, como lo demostraba la breve indumentaria de Cynthia -dentro de casa podía llevarla igual, puesto que la climatización era excelente y el frío del invierno no se dejaba notar en absoluto- teníamos que hallarnos a finales de marzo.

Pero resultaba que no era a finales de marzo, sino de abril, teóricamente también, puesto que la fecha de la carta de mi amigo y la de las facturas indicaba todo lo contrario, esto es, que el mes de mayo acababa de empezar.

Hundí la cabeza entre las manos y concentré mis pensamientos.

Había llegado a finales de abril sin darme cuenta de ello. Pero eso no era lo peor.

La conversación con la pareja había tenido lugar hacia el veintitantos de abril. Yo me había acostado como de costumbre... ¡Pero había estado durmiendo una semana entera!

Esto explicaba mi debilidad y el apetito tan tremendo que sentía.

Ellos me habían narcotizado. Me habían mantenido en estado hipnótico durante siete u ocho días, acaso más. Posiblemente, me habían alimentado por vía intravenosa, pero el estómago estaba vacío. Me había mareado y mis piernas se resentían de los largos días de inacción en el lecho.

Y no era la primera vez que hacían conmigo tal cosa, como lo demostraba el que se me hubiera pasado un mes inadvertidamente de más. ¿Cuántas veces me habían dormido en el transcurso de aquel período?

Varias, bastantes quizá... aunque ninguna tan larga en duración

como la última, ya que sólo entonces había notado los síntomas de debilidad en el cuerpo y extremado apetito. Mis sueños anteriores debían de haber sido de periodos que oscilaban entre las veinticuatro y las setenta y dos horas.

Pero, en esta ocasión, habían juzgado oportuno tenerme durmiendo ocho días al menos. ¿Por qué?

De los siete meses y medio transcurridos, aparte de lo habitual había dormido uno y medio, cuarenta días por lo menos. ¿Qué habían hecho entre tanto? ¿A qué misteriosas manipulaciones se habían entregado durante mis letargos?

Un espasmo de horror sacudió mi cuerpo. ¿Qué hacer?

Cynthia asomó la cabeza en aquel momento.

—El desayuno está listo, Allen —dijo.

La miré como si su cabeza fuese la de Medusa. En efecto, estaba convertido en una piedra, porque no me movía ni para respirar.

CAPÍTULO XI

C

omo es lógico suponer, aquel día no sostuvimos conversación alguna.

Francamente, no me sentía con ánimos para ello. En una palabra, estaba acobardado.

Tenía la impresión de haber caído en las garras de un par de brujos de ilimitados y nefastos poderes, que jugaban conmigo como mejor les parecía, al mismo tiempo que ensayaban terribles instrumentos o hechizos o cualquier otra cosa de satánica inspiración. Bajo una capa de aparente bondad por parte de ambos y de una esplendorosa belleza por la de Cynthia, eran dos monstruos que se aprovechaban de mí para llevar a cabo Dios sabía qué ocultos y terroríficos designios con respecto a nosotros, pobres moradores del planeta Tierra.

Merril seguía sumido en su letargo. Lo comparaba a las serpientes, que duermen después de haber capturado una presa, mientras dura el periodo de digestión, y sólo despiertan cuando el hambre las impulsa a buscar nuevo alimento. Cuando Merril

despertase, habría engendrado un nuevo invento que, bajo la capa de un aparente beneficio para nosotros, contribuiría de modo decisivo a la destrucción de la humanidad terrícola.

En cuanto a Cynthia, era pura y simplemente su colaboradora, la que, con el fascinante despliegue de sus arrebatadores encantos físicos, había servido, como una nueva Eva, para hechizarme y de este modo permitirles llevar a cabo, sin obstáculos, sus diabólicos experimentos.

Habían podido darse cuenta, sin embargo, de que mi voluntad era más fuerte que lo que parecía y por ello habían recurrido, en distintas ocasiones, a dormirme, a fin que en esos períodos no pudiera curiosear sus trabajos. Posiblemente, lo habían hecho con algún narcótico especial, propinado en la cena, y de efectos digamos retardados, ya que no los había sentido en ningún momento. Mis sueños habían sido siempre tranquilos y sosegados.

Pero si eran unos demonios -metafóricamente, se entiende, claro está-, ¿por qué había sentido siempre aquella sensación de paz y sosiego que no había experimentado en mi vida?

Era imposible tener una explicación por el momento, aparte de que quería conseguirla cuando estuviesen los dos. Si bien Merril era el cerebro inventor, ella, en cambio, poseía una voluntad más firme. Merril podría conseguir resultados técnicos más brillantes, pero era de espíritu débil y apocado. Cynthia se resistiría enseguida; en cambio, me resultaría más fácil imponerme a Merril.

Estuve contemplando a Cynthia la mayor parte del día. La joven se movió incansablemente de un lado para otro. No daba señales de fatiga en ningún momento. Cumplía sus tareas con rapidez y eficiencia, sin darse tregua ni reposo. Cuando llegó la noche, comprobé, con no poco asombro, que no había podido verla sentada ni un solo momento desde que me sirvió el desayuno. Cené solo. Ella dijo que lo haría más tarde. Dije que bueno, tomé un libro y me retiré a mi cuarto.

Cerré la puerta con llave. A fin de contrarrestar los efectos de un posible narcótico administrado con la cena, tomé un par de tabletas de anfetamina. Luego, me recosté en el lecho y empecé a leer, procurando apartar mi mente de aquellos problemas que tanto me preocupaban.

Dejé que transcurrieran varias horas. Pasada ya la medianoche,

aparté el libro a un lado y me puse en pie. Apagué la luz antes de salir. Descendí las escaleras con gran cautela y me acerqué al estudio.

Alguien estaba trabajando allí. Podía verlo bien, debido a que debajo de la puerta se divisaba una raya de luz.

Permanecí observándola durante algunos momentos. Encontraba algo raro en ella, un no sé qué imposible de definir. ¿Acaso se sumía también en estados semi-catalépticos, con el fin de resolver algún difícil problema?

Antes de que hubiese acertado a resolver mis dudas, sentí que un objeto duro se apoyaba en mi costado.

Una voz, de tonos insidiosos y suaves, dijo a mi oído:

—Si se mueve, le frío los riñones a tiros, búho sabio.

Suspendí la respiración en el acto. Aun con los tonos bajos, acababa de reconocer la voz de Liller, uno de los gorilas de Hugo Brabant.

—Adentro —ordenó el sicario.

Obedecí en silencio. Cynthia continuaba en la misma posición, sin haberse percatado, al parecer, de nuestra presencia.

—Hemos tenido suerte —exclamó el otro gorila.

—Desde luego —convino Liller, riendo de modo siniestro.

—¿Qué es lo que piensan hacer? —pregunté, temblando de pavor, pues había adivinado sus intenciones.

—¿No se lo figura? Escuche, rata de biblioteca: tengo un recado para usted de parte del señor Brabant.

—Está bien. Suéltelo.

—Vamos a llevarnos a la chica. A menos que usted le ceda los planos del invento que ya sabe, la matará. A pedacitos y sin anestesia. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Me imagino que cada día que pase del plazo concedido le cortará un trozo de su cuerpo y me lo enviará por correo —contesté.

—Me sorprende su clarividencia —rió Liller—. Sí, eso es. Tratará de ablandar a la muchacha por la persuasión. Si no lo ha conseguido en el plazo de cuatro días, a contar de mañana a las nueve en punto, le enviará un lindo dedito envuelto en algodón, ¿estamos?

Traté de dominarme. Ahora ya no me importaba que Cynthia

fuese una bruja; sólo pensaba que podía sufrir daño y ello me sublevaba.

Traté de retrasar su decisión.

—Moverla ahora resultaría peligroso —dije, desesperado—. Está sumida en un estado letárgico y...

—No se preocupe —repuso Liller con cinismo—; la trataremos con el mismo cuidado que si fuese la reina del mundo.

Tragué saliva con dificultad.

—Pero yo...

—En cuanto a usted —exclamó Liller con acento de rabia—, le reservamos algo bueno. ¡Esto, maldito...!

El resto del insulto coincidió con el choque de la culata de su pistola contra mi cráneo. El golpe evitó que me enfadase por la palabrota que me había aplicado ya que, francamente, no llegué a oírla.

* * *

Merril estaba a punto de echarse a llorar.

Más aún que yo, temblaba por la suerte de Cynthia.

—Vamos, déjese de gimoteos —rezongué—. Hemos de hacer algo para salvarla de las garras de ese granuja. ¿Qué se le ocurre a usted?

El hombrecillo me miró con ojos implorantes.

—No, señor Deys —contestó en un murmullo.

Olvidándome del chichón que tenía en la nuca, me enfrenté a él, con las manos apoyadas en las caderas.

—Escuche, Merril, ¿usted no es telépata? En tal caso, podría ponerse en comunicación con Cynthia y ella le diría...

—Lo siento muchísimo, señor Deys. En efecto, poseo unas ligeras facultades telepáticas, pero mi digamos potencia mental es insuficiente para comunicarme con otra persona a una distancia superior a la que hay entre cualquiera de las estancias de la casa. Si Cynthia estuviese en el otro extremo del jardín, no podría entablar contacto con ella... y aun aquí, dentro de casa, sólo podíamos sugerirnos ideas muy rudimentarias, Lo que podríamos llamar poderes extrasensoriales de mi ser se emplea en los letargos que me sirven para concentrarme y resolver intrincados problemas de altas matemáticas, que de otra forma no podría solucionar, ni aun con la ayuda de la mejor y más completa calculadora electrónica.

—Entiendo —dije pensativamente—. Pero el caso es que Cynthia está prisionera de ese bergante. Si avisamos a la policía, sería capaz de matarla. Y si no lo hacemos... —Desalentado, dejé caer los brazos a lo largo del costado—. ¿No habría manera de conocer su paradero?

Merril sacudió la cabeza de nuevo.

—Lo siento de veras, señor Deys —dijo en tono compungido.

Apreté los labios y me fui a la mesa de trabajo. Consulté el calendario.

Había transcurrido ya el primer día de los cuatro que Brabant me había concedido y si no había hecho nada antes, se debía a que Merril había permanecido en su letargo hasta hacía muy poco. Había esperado a que despertarse, con objeto de pedirle un consejo, pero el hombre no podía ayudarme en nada.

Tres días, pensé; me quedaban tres días, al cabo de los cuales, Brabant amputaría un dedo de Cynthia y me lo enviaría por correo. Tal como podía verle: cruel, avaricioso y sin escrúpulos, yo no tenía la menor duda de que así lo haría. Entonces comprendí los motivos del asedio amoroso a la muchacha, y el as en la manga que me había anunciado.

Pero sus dotes de seducción debían haberle fallado. O, de lo contrario, no habría necesitado recurrir al secuestro como arma de presión.

¿Dónde estaba Cynthia?

En un lugar apartado, sin ninguna duda. El belga era lo suficiente listo como para no incurrir en el error de tenerla en la ciudad, expuesto a un inesperado registro de la policía. No, Cynthia debía de hallarse en algún lugar escondido, conocido tan sólo por Brabant y sus dos compinches...

Mis pensamientos fueron interrumpidos de pronto por el inesperado acercamiento de Merril.

—¿Señor Deys? —musitó, con timidez.

Levanté la cabeza.

—¿Qué hay, amigo?

—Cynthia... está secuestrada... pero no sabemos dónde.

—Cierto —murmuré, apretando los labios.

—Es de suponer que... que el señor Brabant se la haya llevado a algún lugar poco conocido, muy discreto...

—Eso mismo había pensado yo, amigo Merril —dije.

—Bien... entonces... digo yo, vamos... Es de suponer que el señor Brabant tenga amigos...

—¿Y qué quiere decirme con eso?

—Quizás alguno de esos amigos co... conozca el escon... dite. Alguna cabaña en las montañas o algo por el estilo...

—¿Algún amigo suyo? —refunfuñé—. ¡Pero si yo no los conozco!

Merril dejó caer las manos a lo largo de los costados con gesto laxo.

—Entonces... no... no tendremos otro remedio que... que darle los planos...

—¡Espere! —dije—. Todavía no se ha cumplido el plazo. Aún disponemos de tres días...

Merril movió la cabeza lleno de pesimismo.

—No, no conseguiremos nada —murmuró—. En estos momentos, él es el más fuerte y temo que acabaremos claudicando.

Lancé un sonoro reniego. Merril tenía toda la razón. Por ahora, el maldito belga era el más fuerte y...

—¡Eh, oiga! —grité de repente, poniéndome en pie casi de un salto.

Merril me miró, sumamente interesado.

—¿Sí, señor Deys?

—¿No dijo usted antes que yo debía buscar a un amigo que conociese el posible escondite?

—Sí, se me ocurrió esa idea...

—Bendita ocurrencia —dije, respirando satisfecho. ¿Cómo no lo había pensado antes?—. Conozco al amigo de Brabant... y sé que me dirá lo que deseamos saber.

Y me dirigí hacia la puerta con paso rápido. Antes de salir, me volví hacia el hombrecillo.

—No se mueva usted de casa por nada del mundo. Antes de que se pasen estos tres días, le traeré a Cynthia sana y salva... ¡y la cabellera del belga en mi cinturón!

CAPÍTULO XII

Diana Van Schuys me contempló con frialdad, encaramada en los diez centímetros de sus tacones de aguja, que colaboraban notablemente a disminuir su aspecto de pequeñez y así parecía más esbelta.

Ello no obstaba para que apareciese muy hermosa, enfundado el esbelto cuerpo en un vestido de tipo oriental, blusa cerrada y pantalones de seda negra, aquélla adornada con dragones de oro. La mirada de Diana no era más amistosa que la expresión de los animales mitológicos.

—Nunca creí que volvieras a verme a mi casa —dijo en tono helado—. Y menos aún para pedirme un favor, según puedo colegir de tu actitud de perro apaleado.

—Eres una buena sicóloga —contesté, procurando adoptar un tono intrascendente—. Sí, vengo a pedirte un favor... y a hacértelo, de paso. Pero, ¿no me invitas a una copa?

Ella me dirigió una mirada oscura. Luego, de repente, se dirigió al mostrador del bar que había en un rincón y se situó detrás del mismo. Yo me encaramé en un alto taburete y esperé a que ella me sirviera la copa.

Tomé un sorbo del martini. Ahora la veía interesada y quería acentuar su expectación, a fin de conseguir mejores resultados.

—Bueno, suéltalo ya —dijo Diana al cabo de un minuto de silencio—. ¿Cuál es el favor mutuo?

Terminé la copa y la coloqué boca abajo, indicando que ya tenía bastante.

—Cynthia Miller ha sido secuestrada.

—Ah, tu ayudante pechugona como una valkiria —comentó en tono desdeñoso—. ¿Y qué tengo yo que ver con su secuestro? Si se trata de dinero...

—No es dinero, gracias —corté—. Se trata tan sólo de explotar tus conocimientos topográficos, eso es todo.

—Si te dejaras de rodeos —dijo ella con aspereza—, adelantaríamos mucho más. ¿Qué tiene que ver la geografía con el rapto de tu vaca rubia?

Traté de ser paciente.

—Más que lo que tú te crees, Diana. Lo comprenderás cuando te diga que el secuestrador es tu último pretendiente, Hugo Brabant.

Los ojos de la chica arrojaron fuego. Su menudo pecho palpitó tumultuosamente.

—¡Estás mintiéndome, Allen! ¡Hace poco estuve con él y...!

—No tengo interés alguno en mentirte, Diana —dije—. Es la pura verdad. ¿Quieres que te enseñe el bulto que tengo todavía en la nuca? Los gorilas de Hugo me golpearon para llevársela.

Diana pareció convencerse.

—Aun así, no sé cómo podría ayudarte yo. Ignoro las circunstancias del secuestro...

—Pero tú conoces a Hugo mucho mejor que yo. Es casi seguro, por no decir seguro del todo, que se llevó a Cynthia a algún lugar escondido, donde no pueda ser hallada fácilmente.

—¿Y piensas que yo puedo saberlo?

—Me imaginé que sí. Por eso vine a verte.

Diana jugueteó unos instantes con su copa, en tanto que una sonrisa maliciosa afloraba a sus labios.

—¿Por qué ha secuestrado a la rubia?

—Mira, Diana; eso, ahora no...

—Ahora, sí —cortó ella con sequedad—. Quiero saber por qué motivos ha secuestrado Hugo a tu monumental ayudante. —Diana continuaba despreciándola—. Porque no lo habrá hecho sólo por mantener un idilio en algún lugar retirado de las miradas indiscretas, ¿verdad? Hugo no es de los que combinan el amor con los negocios.

Vacilé unos instantes. Diana se dio cuenta de mis dudas y volvió a sonreír.

—Vamos, vamos, dímelo, Allen. ¿En quién vas a confiar mejor que en tu ex prometida?

—Hugo es tu prometido —refunfuñé—. Debieras sentirte enojada por lo que ha hecho. ¿O es que ya no te acuerdas de lo que pasó el otro día en el «Sandy's»?

—Demasiado —admitió ella con voz cortante—. Pero ahora quiero conocer los motivos del secuestro o no te ayudaré.

Me dieron ganas de saltarle al cuello y estrangularla allí mismo, pero me contuve.

—Hugo quiere que trabajemos los tres para él —confesé, sin mencionar para nada los planos del dichoso disco volador—. Todos los inventos que concibamos, serán para él.

—De modo que es eso —murmuró Diana, muy pensativa—. He oído hablar a papá mucho de ti últimamente. Y en tonos muy elogiosos. —Se echó a reír—. Me ha puesto la cabeza como un bombo, haciéndome reproches casi de continuo, por haberte dado ocasión a la ruptura, con lo cual, dice, todos tus inventos se han perdido para sus empresas.

—Está bien —dije, al borde de la exasperación—. Sí, es cierto todo eso, pero ahora, por el amor de Dios, dime de una vez: ¿Sabes o no dónde puede estar Cynthia?

Diana me miró con malicia.

—¿Qué me darás si te lo digo?

Abrí las manos.

—Dinero no puedo ofrecerte...

—Pero sí un contrato.

—¿Un... contrato? —repetí, extrañado.

—Sí. Tú, la chica y el otro ayudante, trabajaréis durante diez años para las empresas de mi padre. Todos los inventos que concibáis, quedarán de la exclusiva propiedad de los Van Schuys, previa la oportuna indemnización pecuniaria correspondiente.

—Eso es vendernos como esclavos —protesté.

—¿Prefieres ser un esclavo —dijo ella con supremo egoísmo— o ver a tu amazona convertida en picadillo?

—Diana, eres muy hermosa, pero tienes los sentimientos de un caimán y la moral de un infusorio.

Ella no se inmutó.

—En el contrato constará —siguió implacable—, que si yo lo deseo, podré obligarte a casarte conmigo en el plazo de dos años. En ese tiempo no podrás contraer matrimonio con ninguna chica, ni aun con la yegua normanda. Pasados los dos años, si no he sentido la tentación de ser tu esposa, quedarás en libertad.

—Del sexo femenino, pero negrero —mascullé.

Diana se echó a reír.

—La odio —dijo con toda tranquilidad—. Por culpa de ella te he perdido a ti, he perdido a Hugo...

—En lo que a mí se refiere, la culpa no es de Cynthia, pero no vamos a discutir ahora ciertos detalles. ¿Dónde está? —pregunté a gritos.

—Aguarda un momento.

Salió del mostrador y caminó hasta una mesa. Tomó pluma y papel y escribió rápidamente durante algunos minutos.

—Ven —dijo al terminar.

Me acerqué a la mesa y leí el documento.

—Firma —exigió.

—¿Con sangre? —exclamé, irónico—. Antiguamente, los pactos con el diablo se firmaban de esa manera, querida Diana.

—Tus insultos no me afectan —contestó ella. Dobló el papel y se lo guardó en el seno—. Espérame aquí. Volveré dentro de unos minutos.

—Pero, bueno, ¿es que no vas a decirme…?

Diana se volvió y me miró.

—Pienso ir yo contigo, Allen. También yo tengo que decir algo en este asunto, ¿no crees?

Viendo la expresión de sus ojos, pensé que, en efecto, tenía que decir mucho. Y no bueno.

* * *

Diana en persona pilotó el helicóptero que se posó horas después, hacia la media tarde, en una angosta cañada, en las inmediaciones del Parque Nacional Sequoia, en el que, según me dijo, Hugo tenía una cabaña para sus fines de semana. Estaba situada en un lugar muy apartado y, por tanto, estimaba que era el sitio más adecuado para mantener allí a su prisionera.

Descendimos del aparato, en medio de un profundo silencio, apenas turbado por el tenue silbido del viento que se deslizaba entre las copas de aquellos árboles majestuosos, cuyas copas, a veces, se alzaban a más de cien metros por encima de nuestras cabezas.

—¿Está muy lejos? —pregunté.

—Un cuarto de hora, quizá algo más —contestó ella. Miró en torno a ella—. Pasa un arroyo por la cabaña; seguiremos su curso para no perdernos.

Empezamos a caminar. En pocos momentos nos adentramos por el bosque de sequoias. Los enormes árboles nos abrumaban con su grandeza, pero, al mismo tiempo, su presencia nos causaba una paz y un sosiego realmente difíciles de describir. Era un paraje encantador, aunque en aquellos momentos yo no tenía el ánimo muy bien predispuesto para admirar las bellezas naturales.

Pocos minutos más tarde, encontramos el arroyo, que saltaba de roca en roca. Entonces caminamos paralelos al mismo, pero entre los árboles, a fin de evitar ser vistos antes de tiempo.

Veinte minutos después, encontramos la cabaña. Estaba colgada sobre un risco y su bello diseño había sido adaptado al panorama circundante. El suelo de la cabaña hacía a modo de puente, por debajo de cuyo arco pasaba el arroyo. Una gran veranda corría a todo lo largo de la construcción y en ella, disfrutando de los tibios rayos del sol de mayo en las alturas, vimos a tres personas. El cabello de Cynthia resplandecía vivamente, como un casco de oro.

Noté a mi lado un gesto de cólera.

—Serénate —aconsejé—. Ellos son dos y están avezados a cualquier género de situaciones. No olvides que tienen armas y que son luchadores profesionales.

Diana abrió su bolso y sacó de él un revólver de pavonado aspecto.

—Con este hierro en las manos, no temo a nadie —dijo con acento truculento—. Ve tú por la derecha; dentro de cinco minutos, actuaré por el lado contrario.

—Debieras dejarme el revólver a mí —protesté.

—Ni lo sueñes. Anda ya.

Empecé a caminar y di la vuelta a la casa. No me agradaba el programa de luchar con las manos solamente contra dos gorilas que poseían sendas pistolas, por lo que traté de buscar un arma que supliese aquella desventaja.

Encontré dos: un pedrusco y un trozo de rama seca.

Me acerqué a la veranda por el otro lado y llegué a situarme a una docena de pasos de los gorilas. Cynthia leía una vieja revista con aire aburrido.

Hice saltar la piedra un par de veces en mi mano, con objeto de calcular bien su peso. Luego, tomando puntería, la arrojé contra el cráneo del gorila que tenía más cercano.

Sonó un seco chasquido. El tipo cayó redondo, sin lanzar un gemido.

Liller se puso en pie y contempló a su camarada con aire estupefacto. De pronto, reaccionando, metió la mano en el interior de su chaqueta.

Pero yo ya corría hacia él, enarbolando el garrote. Oí la voz de

Diana que intimaba al forajido a rendirse. Era ya tarde.

La pistola de Liller emitió un destello metálico. Al mismo tiempo, mi garrote caía sobre su muñeca.

Liller soltó un alarido de dolor, que fue cortado en seco, cuando el garrote le alcanzó en un lado del cráneo. El rufián se desplomó sin lanzar un solo gemido.

Respiré a fondo. El objetivo había sido conseguido. Cynthia estaba libre.

Eso era lo que yo creía.

CAPÍTULO XIII

M

e acerqué a la muchacha, quien se había puesto en pie al vernos aparecer y la tomé de las manos que encontré muy frías.

—¡Cynthia! ¿Te encuentras bien? ¿Te han hecho algún daño estos granujas?

—Sí. Estoy bien. No me han hecho daño.

Respiré aliviado. Me volví hacia Diana.

—Podemos marcharnos —dije. Y en tono amargo, añadí—. Acabas de comprar dos esclavos, Diana.

Ella sonrió de forma enigmática.

—No me cabe la menor duda, Allen. —Miró a Cynthia de pies a cabeza—. Esta chica parece estúpida —comentó, en tono insultante.

—Mira, Diana —exclamé, procurando mantenerme ecuánime—, déjate ahora de comentarios. Me has hecho encontrar a Cynthia y eso es lo que cuenta para mí. Vámonos cuanto antes. Esos tipos pueden despertar...

Diana movió la mano izquierda.

—Ahí tienes una pistola —dijo, sin dejar de mirar a su rival—. Puede que tenga un cerebro privilegiado, pero insisto en que parece tonta.

—Cynthia —exclamé—, no le hagas caso. Está despechada.

—Sí, Allen. —Cynthia no parecía muy impresionada por haber sido salvada del secuestro.

—A propósito —pregunté, después de haber recogido la pistola

de Liller—, ¿has visto a Hugo?

—¿Hugo? —repitió Cynthia.

Su extraña forma de comportarse empezó a preocuparme.

—Diana —murmuré.

—¿Sí, Allen?

—Tengo la impresión de que Cynthia está bajo los afectos de una droga. Está actuando de una manera poco natural, casi mecánica, diría yo.

—No tendría nada de particular —admitió Diana, sumamente pensativa—. Ese granuja de Hugo es capaz de todo.

—Bueno —dije, agarrando a Cynthia por un brazo—, eso lo sabremos en cuanto hayamos regresado. Haré que un médico le realice un completo reconocimiento. Además, los estupefacientes, en cuanto dejan de aplicarse, son eliminados por la propia naturaleza... no me refiero a las clásicas, morfina, heroína y demás, sino al pentotal, que seguro es el que le aplicaron a Cynthia.

—Tienes razón —convino Diana—. Vámonos.

Dimos la vuelta. Apenas habíamos caminado cuatro pasos, sonó una voz a nuestras espaldas.

—Nadie se irá de aquí sin mi permiso.

Nos quedamos inmóviles, como clavados de repente en el suelo. ¿Cómo habíamos sido tan estúpidos para no mirar en el interior de la cabaña?

La risa de Hugo sonó con siniestros cloqueos.

—Ustedes no se irán —dijo—. Se quedarán aquí... para siempre. Y yo me casaré con Cynthia, porque es una chica magnífica y porque me gusta con locura...

Percibí un ligero movimiento. Miré a Diana de reojo, su busto palpitaba con violencia, a la vez que sus ojos despedían chispas de fuego.

—Calma, Diana —recomendé, en voz baja, temiendo una imprudencia que fuera a ponernos a todos en peligro.

—¿Cómo puede afirmar tal cosa, Hugo? —pregunté.

—Ella me ha aceptado como esposo —contestó el belga.

—¿De veras?

—¿Por qué no se lo pregunta a ella, si tanto duda de mi palabra?

Vacilé un instante. Al fin, volví los ojos hacia la chica.

—Sí —contestó ella, con voz átona.

—¿Te ha forzado a adoptar esa decisión?

—No.

—¿Le quieres?

—Sí.

—Hugo —llamé, de pronto.

—¿Dígame, Allen? —preguntó, muy fino.

—Usted ha drogado a Cynthia. Se le nota claramente.

—¡Tonterías! Si no fuera por ofender su pudor, le diría que examinase su cuerpo centímetro a centímetro. No encontraría en la piel el menor rastro de una aguja hipodérmica.

—Entonces, le administró la droga por vía oral.

—¡Le digo que no está drogada! —barbotó el sujeto, exasperado —. Ella me ha aceptado, y, sin grandes esfuerzos por mi parte, todo hay que decirlo.

—Se ve que la campaña de persuasión ha dado frutos, ¿eh? —comenté, sarcásticamente.

—Desde luego —admitió el rufián—. No niego que la hice raptar para presionarle a usted, Allen, pero casi podría decirse que me he tomado un trabajo inútil. —Se echó a reír—. Cynthia se ha mostrado comprensiva, créame.

—¿Y afectuosa? —preguntó Diana, dominando la tormenta de ira que rugía en su interior.

—Eso vendrá más adelante. Ahora se muestra un poco tímida, como una cervatilla, pero yo la despertaré al amor. —Brabant seguía riendo.

—Está bien —dije—. Terminemos de una vez. ¿Qué es lo que piensa hacer con nosotros?

—Yo, nada. Directamente, claro está. Pero ya lo hará ese par de imbéciles que está ahora durmiendo. Éste es un sitio ideal para enterrar a dos personas y que nadie encuentre sus cuerpos hasta dentro de un millón de años.

Me estremecí. Las palabras de Brabant no ofrecían la menor duda en cuanto a sus intenciones.

Antes de que hubiese podido alegar nada, Hugo dio una orden.

—Cynthia, ven.

La joven obedeció sumisa. Diana y yo continuábamos vueltos de espaldas al belga.

—Hugo —dijo Diana.

—¿Qué quieres, preciosa?

—Así que piensas casarte con esa vaca suiza.

—Todo depende del punto de vista de cada cual —rió Hugo—. ¡Ella diría de ti que eres una lagartija!

—¡Y yo digo que tú no te casarás con ella! —gritó Diana, enfurecida al máximo.

De repente se volvió, empuñando el revólver, y abrió el fuego.

Lancé un grito de alarma. Diana no me hizo caso. Parecía loca. Sus ojos despedían llamas, mientras su dedo índice se movía espasmódicamente, apretando el gatillo. Ni una sola de las balas se perdió. Todas fueron a clavarse en el cuerpo de Cynthia.

Hugo disparó. Diana alzó los brazos, trastabilló y cayó de espaldas, exhalando un agudísimo chillido.

Entonces yo, a mi vez, saqué una pistola. No permití que Hugo se me adelantase. Mi bala le alcanzó en el pecho, haciéndole curvarse sobre sí mismo. Se puso de rodillas, estuvo así un momento y luego se dobló a un lado, quedando con la cara apoyada contra el suelo de tablones de la veranda.

Entonces creí que me volvía loco. Cynthia yacía en el suelo, con el pecho perforado por los balazos recibidos. Pero no salía ni una sola gota de sangre de aquellos orificios; sólo un poco de humo.

En un santiamén comprendí la verdad. Sin poderme contener, me sentí acometido por una risa histérica, convulsiva.

¡Cynthia era un robot!

Estuve riendo hasta que me faltó el aliento. Entonces escuché un gemido a mis espaldas.

Me volví. Diana se había sentado y se oprimía el hombro izquierdo con la mano. Estaba muy pálida, aunque se mantenía con cierta serenidad.

—Espera —dije—; voy a ver si encuentro algo para curarte.

Me dirigí hacia la puerta de entrada de la cabaña. Para pasar al interior, tenía que saltar por encima del cuerpo del robot. Furioso, no pude contenerme y le asesté un terrible puntapié. Se oyó ruido de vidrios rotos.

Era lógico que estuviese furioso conmigo mismo; no todos los días se enamora uno de un robot.

EPÍLOGO

Entré en casa varios días después, sintiéndome derrotado y desalentado. Había conseguido lo que deseaba; en efecto, la construcción de un robot tan perfecto podía llenarme de alegría. Pero mi ánimo estaba como si acabase de asistir a un funeral. Estaba desalentado y deprimido.

Claro que ahora podía explicarme los motivos de mis sueños tan prolongados. Estos periodos habían sido aprovechados por Merril para construir el robot que había sustituido a la auténtica Cynthia, la cual, no me cabía la menor duda, había regresado a su mundo de origen, dejando en su lugar aquella viva estampa de sí misma, que tan bien había sabido engañarnos a todos. ¿Y ahora?

Tenía en el bolsillo el documento que había firmado a Diana. Mi ex prometida se había portado magnánimamente conmigo y, al comprobar que yo no estaba enamorado de ella, había decidido dejarme libre. No me importaba demasiado; ni aun el hecho de saber que Merril podía construirme otro robot era suficiente para disipar mi pesimismo.

Pero ¿sentía de veras deseos de construir otro robot de aspecto humano?

Dudaba. El trabajo podía hacerme un gran bien y me ayudaría a olvidar, aunque al mismo tiempo, otro robot, aun con figura distinta, me recordaría siempre a la hermosa Cynthia. ¿Qué hacer?

Abrí la puerta del estudio. Me quedé parado, suspendida la respiración.

Todo cuanto me rodeaba desapareció al instante de mi vista. Sólo veía a la hermosa mujer que estaba en el centro de la habitación y que me contemplaba con radiante sonrisa.

—¡Cynthia! —grité, corriendo hacia ella—. ¡Estás aquí, has vuelto, has vuelto…!

Ella se colgó de mi cuello, feliz y satisfecha.

—¡Sí, he vuelto! —contestó—. Aunque, en realidad, no me había ido. Sólo estuve escondida una temporada.

—Pero ¿por qué, por qué lo hiciste? —pregunté, atropelladamente—. ¿No hubiera sido mejor que me hubieses advertido que el robot ya estaba concluido?

—¿Te hubieses portado con tanta naturalidad, de haberlo sabido? ¿No te habrías traicionado a ti mismo?

Respiré hondo.

—Es cierto. Pero los ratos tan amargos que me has hecho pasar…

—Querido, tienes que perdonarme —dijo, mimosa—. Sabía que Brabant preparaba algo contra nosotros y por eso dije a Merril que acelerase la construcción del robot. Habrás visto que funciona a la perfección… quedan algunos defectos por pulir, pero no son de importancia. El C. A. realiza su labor magníficamente.

—Encontré un poco torpe a la otra Cynthia —dije.

—Es lógico. Ten en cuenta que se trata de un robot, diseñado fundamentalmente para obedecer a los humanos. Sus reacciones no pueden ser jamás iguales a las nuestras… aparte de que el tiempo que teníamos para insertar las grabaciones en sus circuitos no era muy grande. Disponiendo de un año, por ejemplo, su comportamiento habría sido por completo distinto.

—Entiendo. Incluso me habría besado.

—De habérselo pedido tú, sí; pero no por propia iniciativa, porque ello habría significado ficción y los robots, como máquinas que son, no pueden fingir, sino decir la verdad u obedecer ciegamente las órdenes que se les dan. Siempre, claro está, que no entrañen daño contra un humano.

Me miró con gesto malicioso, y sonrió.

—Supongo que ahora querrás fundar tu empresa constructora de robots, ¿no es así?

—Primero me gustaría fundar una familia —contesté, haciéndola ruborizarse—. Pero, ante todo me gustaría saber algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—¿De qué planeta procedes? ¿Por qué viniste a la Tierra? ¿Tienes que volverte a tu mundo?

—No. Me quedaré aquí, contigo. Uno de los motivos de haber construido el robot a toda prisa fue conseguir el permiso para quedarme. Ya te explicaré más adelante cómo lo conseguí. En cuanto a mi mundo de origen, está en las cercanías de Proción, y vine aquí a la Tierra, como Merril, para investigar vuestro grado de civilización. Se nos permitió, a nuestra discreción, ayudaros, si lo

considerábamos prudente siempre, claro está, que encontrásemos a la persona idónea.

—Y la encontrasteis.

—A ti, ¿qué te parece? —sonrió.

—No me importa ahora vuestra ayuda, lo cual no significa que no la agradezca. Eres tú la que me importa, ¿comprendes?

Frotó su nariz contra la mía.

—Querido —suspiró.

De repente, me di cuenta de una cosa.

—¿Dónde está Merril?

—Se marchó ya.

—¿Eh? —respingué.

—Sí. Terminó de construir su astronave durante los días que ha durado tu ausencia y partió para nuestro mundo. Lo añoraba.

—Pero, ¿cómo pudo construirla tan rápidamente? —me asombré.

—Oh, hace tiempo que venía ya trabajando en ello. Diseñaba las piezas y las encargaba a fábricas distintas. Coordinó un plan de entrega y montaje y, cuando tuvo todo listo, acabó el vehículo en pocas horas y partió. Me encargó que te saludase en su nombre y que te dijera que no había encontrado nunca un terrestre tan comprensivo como tú.

—Bien, lo único que siento es no haber visto su nave —suspiré. Pero la tenía a ella a mi lado, que era lo importante—. Así que tienes permiso para casarte y quedarte conmigo.

—Sí. En Proción están interesados en conocer el resultado de este experimento.

—¿Qué experimento? —pregunté.

—¡Tonto! —rió ella—. ¿Qué es lo que sucede después de que un hombre y una mujer se casan?

—Normalmente y en distintas etapas, nacen algunos niños —dije.

—Eso mismo —contestó Cynthia, muy encarnada—. Como no ocurrirá nada de particular, es posible que, en el futuro, estos contactos entre seres de dos mundos distintos se intensifiquen.

Ni siquiera se me ocurrió preguntarle en aquellos momentos cómo iban y venían a un mundo situado a tan enormes distancias, ni otros muchos detalles que, a la fuerza, tenían que ser

interesantísimos. Para mí, lo importante era saber que la tenía a mi lado y que ya no nos separaríamos jamás.

—Muy bien —dije—. Nos casaremos lo antes posible. Pero antes me permitirás hacer una prueba.

—¿Una prueba? —inquirió ella, extrañada.

—Sí. Quiero convencerme de que, realmente, eres una mujer y no un robot. Estoy un poco escamado, ¿sabes?

—De acuerdo. ¿Cómo vas a hacer la prueba?

Bajé la mano un poco y le arreé un magnífico pellizco. Ella gritó.

—¡Ay! —gritó. Acto seguido me dio una bofetada.

La abracé con fuerza, muy contento.

—No, no eres un robot —suspiré, inclinándome para besarla.

F I N